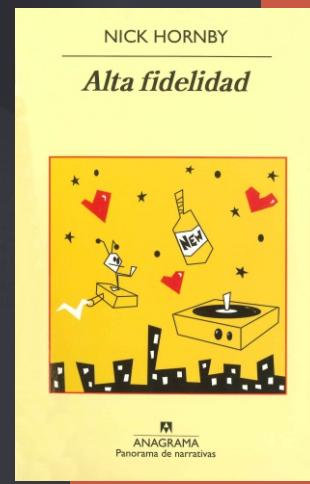


Visita al territorio de Nick Hornby



Ahora...

1

Laura se va el lunes a primerísima hora, con un bolso de lona y una bolsa de plástico. Te inspira una total sobriedad, todo hay que decirlo, ver qué poca cosa se lleva esta mujer que adora sus cosas, sus teteras, sus libros, sus grabados, la pequeña escultura que se trajo de un viaje a la India; miro el bolso y pienso: joder, cuántas ganas tiene de dejar de vivir conmigo.

Nos damos un abrazo delante de la puerta. Está llorando un poco.

—No sé ni qué estoy haciendo, la verdad —me dice.

—Ya me doy cuenta —digo yo, una especie de chiste que tampoco lo es del todo—. Pero no hace falta que te vayas ahora. Te puedes quedar hasta cuando quieras.

—Gracias, pero ya hemos pasado lo más difícil, así que más vale, ya sabes...

—Bueno, quédate sólo a pasar esta noche.

Sin embargo, ella hace una mueca y agarra el pomo de la puerta.

Es una salida torpísima. Ella no tiene las manos libres, pero intenta abrir la puerta pese a todo, aunque no puede; se la abro yo, pero entonces le impido el paso sin querer, así que tengo que salir al rellano para dejarla salir, y ella tiene que sujetarme la puerta abierta, porque no tengo las llaves encima, y yo he de pasar a su lado encogiéndome, para pillar la puerta antes que se cierre tras ella. Eso es todo.

Lamento decir que me entra por algún sitio, a lo mejor por los dedos de los pies, un grandísimo sentimiento que es en parte liberación y en parte excitación nerviosa, un sentimiento que me barre el cuerpo entero como una oleada bien potente. Es una cosa que ya he sentido antes, y que por eso sé que no vale gran cosa. Es confuso, por ejemplo, porque no quiere decir que vaya a sentirme extasiado de felicidad durante las próximas semanas. Pero sí sé que debería hacer algo con él, disfrutarlo al menos mientras dure.

Es así como celebro mi regreso al Reino de la Soltería, que es algo así como el Reino de los Singles, tiene gracia: me siento en mi sillón, en el que

se va a quedar aquí conmigo, y arranco a pellizcos el relleno del brazo; enciendo un cigarrillo a pesar de que es temprano y de que tampoco me apetece mucho, solamente porque ahora tengo total libertad para fumar en el piso cuando me venga en gana, sin que por eso se arme la menor trifulca. Me pregunto si ya conozco a la siguiente chica con la que voy a acostarme, o si será alguien que todavía me es desconocido; me pregunto qué aspecto tendrá, y si lo haremos aquí o en su casa, y me pregunto, en tal caso, cómo será su casa. Y decido que voy a pintar el logo de Chess Records en la pared del cuarto de estar. (En Camden Town había una tienda de discos que los tenía todos, el de Chess, el de Stax, el de la Motown, el de Trojan, troquelados a la entrada, sobre la pared de ladrillo. Quedaba fenomenal. A lo mejor puedo contratar al tío que hizo los troqueles y pedirle que me haga una versión algo más reducida aquí en casa.) Me siento estupendamente. Me siento muy bien. Me voy a trabajar.

Mi tienda se llama Championship Vinyl. Vendo música punk, blues, soul y rythm & blues, un poquito de ska, algunas cosillas indies, pop de los sesenta, en fin, de todo un poco, pero pensando más que nada en el coleccionista discográfico serio, que es lo que dice un rótulo irónicamente anticuado que hay en el escaparate. Estamos en una calle bastante tranquila de Holloway, situados estratégicamente para atraer a un mínimo de mirones; en realidad, no existe ninguna razón para venir por aquí, a menos que uno viva en la zona, y a la gente del barrio no parece interesarle gran cosa mi *Stiff Little Fingers* etiqueta blanca (te lo dejo en veinticinco libras: a mí me costó diecisiete en 1986), ni tampoco mi copia monoaural de *Blonde on Blonde*.

Voy tirando gracias a la gente que hace un esfuerzo especial por venir a comprar aquí los sábados —jóvenes, siempre hombres jóvenes con gafas a lo John Lennon, con chupas de cuero y los brazos cargados de bolsas de plástico— y gracias a los pedidos por correo: me anuncio en las páginas correspondientes de las revistas de música, y recibo cartas de jóvenes, siempre hombres jóvenes, de Manchester y de Glasgow, y hasta de Ottawa, hombres jóvenes dispuestos a gastar una cantidad desproporcionada de su

tiempo buscando singles descatalogados de los Smiths y álbumes de Frank Zappa en los que destaque el rótulo GRABACIÓN ORIGINAL - NO REEDITADA. Tan poco les falta para estar locos de remate que, en el fondo, da lo mismo.

Llego tarde al trabajo. Dick ya está apoyado contra la puerta, esperándome, leyendo un libro. Tiene treinta y un años, lleva el pelo largo y algo sucio; hoy lleva una camiseta de los Sonic Youth, una chupa de cuero negro que intenta insinuar virilmente que ha conocido tiempos mejores, aunque la compró hace sólo un año, y un walkman con unos auriculares ridículamente desproporcionados, enormes, que no sólo le tapan las orejas, sino la mitad de la cara. Lo que lee es una edición de bolsillo de la biografía de Lou Reed. La bolsa de lona que tiene entre los pies —que sí ha visto tiempos mejores— anuncia un sello discográfico independiente, americano y violentamente moderno; le costó muchísimo esfuerzo hacerse con ella, y se pone nervioso cada vez que nos acercamos a la bolsa. La usa para llevar cintas de acá para allá; Dick ha oído casi toda la música que hay en la tienda, y prefiere llevarse cosas nuevas al trabajo —cintas que le prestan o le graban los amigos, piratas que ha encargado por correo— en vez de perder el tiempo escuchando lo que sea por segunda vez. («¿Te apetece venir a almorzar al pub, Dick?», le preguntamos Barry o yo mismo un par de veces por semana. Él mira con aire de plañidera su pila de casetes y suspira. «Me encantaría, pero aún tengo que escuchar todo eso, ya ves.»)

—Buenos días, Richard.

Se sujetó con evidente nerviosismo los cascos gigantescos, se desplaza uno a un lado de la oreja, el otro le cae encima del ojo.

—Ah, hola. Hola, Rob.

—Perdona por el retraso.

—Nada, no pasa nada.

—¿Qué tal el fin de semana?

Abro la cerradura de la tienda mientras él recoge sus cosas.

—Bien, bien, bien. Encontré en Camden el primero de Liquorice Comfits, el que trae «Testament of Youth». Aquí nunca se llegó a editar. Es importado de Japón.

—Joder, qué bien —le digo, pero no tengo ni idea de qué cojones está hablando.

—Te lo grabaré.

—Gracias.

—Lo digo porque a ti te gustó el segundo, o eso dijiste. *Pop, chicas, etc.* ¿Te acuerdas? Es el que lleva a Hattie Jacques en la portada. Pero tú no viste la portada, claro. Sólo tienes la cinta que te grabé yo.

Estoy seguro de que me hizo una cinta con un disco de Liquorice Comfits, y estoy seguro de que le dije que me había gustado. Tengo la casa llena de cintas que me ha grabado Dick, la mayor parte de las cuales no he oído nunca.

—¿Y tú qué tal? ¿Qué tal el fin de semana? ¿Algo bueno? ¿Nada bueno?

No consigo imaginarme qué clase de conversación tendríamos si le contase a Dick cómo me ha ido el fin de semana. Lo más probable es que se hiciera añicos si le explicase que Laura me ha dejado. A Dick no se le dan nada bien estas cosas; de hecho, si alguna vez le confesara algo de naturaleza lejanamente personal —por ejemplo, que tengo madre y padre, o que iba a la escuela cuando era más joven—, imagino que se pondría colorado, tartamudearía algo y terminaría por preguntarme si he oído el último álbum de los Lemonheads.

—Más o menos. De todo ha habido, ya se sabe.

Asiente. Está claro que he dado la respuesta correcta.

La tienda huele a humo rancio, a humedad, al plástico de las cubiertas protectoras; es angosta, deslucida, mugrienta, y está demasiado llena de cosas, no cabe ni un disco más, pero en parte porque es así como yo la quería, porque es así como han de ser las tiendas de discos, ya que sólo los fans de Phil Collins se interesan por esas otras que parecen tan limpias y tan arregladas como un Habitat; también es en parte porque no me animo ni a hacerle una limpieza a fondo ni a cambiar la decoración de arriba abajo.

Hay expositores a ambos lados, y algunos más frente al escaparate, y compacts y casetes en las paredes, en vitrinas acristaladas, y más o menos eso es todo lo que contiene; a mí me parece que el tamaño es suficiente, sobre todo si se tiene en cuenta que no tenemos demasiados clientes, de

modo que sí, la mayor parte de los días tiene un tamaño suficiente. La trastienda que hay al fondo es más grande incluso que la tienda, pero la verdad es que no tenemos nada en el almacén, aparte de unas cuantas cajas de discos de segunda mano que nadie se toma la molestia de etiquetar con un precio razonable, de modo que la trastienda sirve más que nada para tontear. Estoy bastante harto del aire que tiene la tienda y la trastienda también, si he de ser sincero. Tengo miedo de que cualquier día de éstos me dé un ataque, me vuelva majara, arranque el móvil de Elvis Costello que cuelga del techo, tire por el suelo el cajón de los «Cantantes Country» (A-K), me marche a trabajar a un Virgin Megastore y no vuelva nunca más.

Dick pone un disco nada más entrar, algo que suena a psicodelia de la Costa Oeste, y prepara un café mientras yo repaso el correo; nos tomamos el café; él intenta después introducir con calzador algunos discos en los expositores que están llenos a reventar, mientras yo preparo un par de pedidos por correo; luego echo un vistazo al crucigrama rápido del *Guardian* mientras él lee una revista de rock americano de importación; después él mira el crucigrama del *Guardian* mientras yo leo la revista de rock americano de importación, y en un visto y no visto me toca a mí preparar un café.

A eso de las once y media, un borrachín irlandés que se llama Johnny entra dando tumbos. Suele venir a vernos unas tres veces por semana, y sus visitas han terminado por ser una rutina coreografiada con arreglo a un guión preestablecido, que ni él ni yo tenemos ninguna ganas de cambiar. En un mundo hostil e imprevisible como este en el que vivimos, los dos confiamos el uno en el otro para que no nos falle nunca algo con lo que podemos contar.

—Lárgate, Johnny —le digo.

—¿Qué pasa, tú? ¿Es que mi dinero no te vale, o qué? —dice.

—Tú no tienes dinero, y aquí no tenemos nada que te apetezca comprar, ¿vale?

Ése es el pie para que se lance a tararear con entusiasmo «All Kinds of Everything», de Dana, lo cual me sirve a mí de pie para salir del mostrador y llevármelo hacia la puerta, y así él sabe que le toca arrojarse hacia uno de los expositores, gesto que me sirve para abrir la puerta con una mano,

aflojarle con la otra la mano con que él se sujetaba al expositor, y sacarlo a la calle de un empellón. Hace ya un par de años que ideamos este conjunto de movimientos, así que ahora nos lo sabemos de corrido.

Johnny es nuestro único cliente antes de comer. Éste no es un trabajo para los que albergan ambiciones desaforadas.

Barry no aparece por la tienda hasta después del almuerzo, cosa que no es tan infrecuente como pudiera parecer. Tanto Dick como Barry fueron contratados en su día para trabajar sólo a tiempo parcial, tres días cada uno, pero poco después de contratarlos empezaron ambos a presentarse a diario, sábados incluidos. No supe cómo reaccionar —si en realidad no tenían nada mejor que hacer, ni mejor sitio en que pasar el día, yo tampoco quería, bueno, ya se sabe, llamar la atención sobre ese particular, no fuera a desatar sin querer quién sabe qué clase de crisis espiritual—, así que les subí un poco el sueldo y lo dejé correr. Barry interpretó la subida del sueldo como señal para que redujese sus horas en la tienda, así que no le he vuelto a subir el sueldo. Hace cuatro años de eso, y nunca ha dicho ni pío.

Entra en la tienda tarareando un *riff* de los Clash. La verdad sea dicha: «tararear» no es la palabra más adecuada para describir lo que hace, porque viene haciendo ese sonido de guitarra que hacen todos los niñatos, el que se hace poniendo morritos, apretando los dientes y dándole a la lengua con un «¡TRAN-TRRAAN!» bien potente. Barry tiene treinta y tres tacos.

—¿Qué tal, tíos? ¡Eh, Dick! ¿Qué coño has puesto, tío? Suena fatal. —Pone cara de asco y se tapa la nariz—. ¡Fuá!

Barry tiene la virtud de intimidar a Dick, hasta el extremo de que Dick no suele decir ni palabra cuando Barry está en la tienda. Yo sólo me meto cuando Barry empieza a ponerse pesado y se pasa de ofensivo, así que me limito a ver cómo Dick alarga la mano hacia el aparato de alta fidelidad y quita la cinta que había puesto.

—Muchas gracias, tío. En el fondo, Dick, eres como un niño. Hay que andar vigilándote a todas horas. Pero no sé por qué me toca vigilarte a mí. Eh, Rob, ¿tú no te habías dado cuenta de lo que estaba poniendo? ¿De qué vas, tío?

Habla sin parar, y todo lo que dice le sale más o menos atropellado. Habla mucho de música, pero también habla de libros (de Terry Pratchett, o de cualquier otra cosa en la que salgan monstruos, planetas y esas historias), y habla de películas y de mujeres. Pop, chicas, etc., como decía el disco de los Liquorice Comfits. Pero su conversación no pasa de ser una simple enumeración: si ha visto una buena película, no te describe la trama ni tampoco qué sensaciones tuvo al verla, sino que te dice en qué lugar de su lista de mejores películas del año figura, o en qué lugar de su lista de mejores películas de la década o de mejores películas de todos los tiempos: piensa y habla solamente en listas de los cinco o los diez mejores de lo que sea, hábito por el cual también a Dick y a mí nos da por confeccionar nuestras listas. Y a todas horas nos pide que redactemos incluso nuestras listas: «Venga, tíos. Las cinco mejores pelis de Dustin Hoffman.» O solos de guitarra, o discos grabados por artistas ciegos, o números de Gerry y Sylvia Anderson («No puedo creer que hayas puesto el del Capitán Escarlata en el número uno, Dick. ¡Si el menda era inmortal! ¿Qué gracia tiene eso?»), o caramelos que se vendan en frascos de cristal («Si alguno de los dos ponéis los Rhubarb y los Custard entre los cinco primeros, dimito ahora mismo»).

Barry se mete la mano en el bolsillo de la chupa, saca una cinta, la pone en la pletina y sube el volumen de un golpe. En cuestión de segundos, la tienda tiembla al ritmo de la línea de bajo de «Walking on Sunshine», de Katrina and the Waves. Estamos en pleno mes de febrero, hace frío, posiblemente va a llover. Laura se ha ido. No tengo ninguna ganas de oír «Walking on Sunshine». No sé por qué, pero está claro que no encaja con mi estado de ánimo.

—Quita eso, Barry —tengo que gritar, como el capitán de un bote salvavidas en plena galerna.

—No puedo ponerlo más alto.

—No he dicho que lo subas, gilipollas. He dicho que lo quites.

Se echa a reír y se va hacia la trastienda, tarareando a voz en cuello la parte de los vientos: «¡Da DA! Da da da da-da da-da-da-da.» Terminó por apagarlo yo mismo y Barry vuelve a la tienda.

—¿Qué haces?

—¡Te he dicho que no quiero oír «Walking on Sunshine», joder!

—Pues es mi nueva cinta: mi cinta especial para los lunes por la mañana. La monté ayer por la noche, especialmente para hoy.

—Vale, tío, pues resulta que es lunes por la tarde, ¿te queda claro? Haberte levantado antes de la cama, joder.

—Y me habrías dejado ponerla por la mañana, ¿a que sí?

—No. Pero al menos así tengo una excusa perfecta.

—¿Es que no te apetece oír algo que te anime, algo que meta un poco de calor en tus miserables y envejecidos huesos?

—No.

—Entonces, ¿qué te apetece oír cuando estás cabreado?

—Yo qué sé. Cualquier cosa. Pero no «Walking on Sunshine», eso seguro.

—Vale, pues ya la corro para adelante.

—¿Qué has metido después?

—«Little Latin Lupe Lu».

Se me escapa un gemido.

—¿La de Mitch Ryder and the Detroit Wheels? —pregunta Dick.

—No, hombre. La de los Righteous Brothers. —A Barry se le nota que está a la defensiva. Salta a la vista que nunca ha oído ni hablar de la versión de Mitch Ryder.

—Ah, bueno. Bueno. Da igual. —Dick nunca llegaría al punto de decirle a Barry que se acaba de hacer un lío, pero está claro que se lo da a entender.

—¿El qué? —dice Barry poniéndose de uñas.

—Nada.

—No, venga. ¿Qué les pasa a los Righteous Brothers?

—Nada. Pero yo prefiero la otra —dice Dick con un punto de mansedumbre.

—Vaya mierda.

—¿Cómo va a ser una mierda expresar una preferencia? —digo.

—Si es la preferencia menos apropiada, mierda es lo suyo.

Dick se encoge de hombros y sonríe.

—¿A qué viene eso? ¿A qué viene esa sonrisita, eh?

—Barry, déjalo en paz. Da lo mismo. No pensamos oír ese coñazo de «Little Latin Lupe Lu», ¿te queda claro? Déjalo estar, anda.

—¿Desde cuándo se ha convertido esta tienda en un régimen fascista?

—Desde que tú has traído esa cinta infumable.

—Lo único que pretendía era animarnos un poco, joder. Sólo eso. En fin, lo siento mucho. Anda, poned cualquiera de esas músicas de hijos de puta tristones y acabados, a mí me importa un pepino.

—Tampoco quiero música de ningún hijo de puta tristón. Lo único que quiero oír es algo que me entre por un oído y me salga por el otro.

—Hostia, qué bien. Ésa es la gracia que tiene trabajar en una tienda de discos, ¿a que sí? Ya entiendo; se trata de poner cosas que no te apetezca escuchar. Pues yo había pensado que esta cinta nos iba a dar mucho que hablar. Pensaba preguntaros por vuestros cinco discos preferidos para oír un lunes por la mañana, un lunes lluvioso. Total, que vosotros me lo habéis estropeado.

—Ya lo haremos el lunes que viene.

—¿Y para qué vamos a dejarlo para el lunes que viene, tío?

Y así seguimos y seguiremos, probablemente durante el resto de mi vida, al menos mientras siga trabajando. Me gustaría hacer la lista de los cinco mejores discos que no te hacen sentir nada; de ese modo, Dick y Barry podrían hacerme un gran favor. Cuando llegue a casa, pienso poner algo de los Beatles. Seguramente *Abbey Road*, aunque a lo mejor programo el compact para saltarme «Something». Los Beatles eran como los cromos que venían con los chicles, o eran *Help* un sábado por la mañana en el cine del barrio, y aquellas guitarras de juguete con las que cantaba «Yellow Submarine» a voz en cuello cuando íbamos de excursión con el colegio, siempre en el último asiento del autobús. Son sensaciones que me pertenecen por entero, que no son mías y de Laura, ni mías y de Charlie, ni mías y de Alison Ashworth. Aunque me hagan sentir algo, no será nada malo.

2

Me preocupaba un poco cómo iba a ser la vuelta a casa esta noche, pero no ha estado mal: esa ingobernable sensación de bienestar, en la que tampoco se puede confiar demasiado, no me ha abandonado. Además, está claro que no siempre será así, que no siempre seguirán estando sus cosas ahí delante. Bien pronto se lo llevará todo, y el aire de barco abandonado que tiene el piso —el libro de Julian Barnes a medio leer en la mesilla de noche; las bragas en el cesto de la ropa sucia— bien pronto se habrá volatilizado. (A propósito: las bragas de las mujeres me supusieron una terrible decepción en cuanto empecé a cohabitar con ellas. La verdad, nunca me he recuperado del pasmo que me supuso descubrir que las mujeres son como son, que hacen lo que hacen y que luego pasa lo que pasa: se reservan las mejores prendas para esas noches en que saben que van a dormir en compañía. Cuando vives con una mujer, esas prendas indefinibles, esos trozos de tela desvaída, encogida, habitualmente comprados en las rebajas de Marks & Spencer, aparecen de pronto colgados de todos los radiadores de la casa, y tus lascivos sueños de adolescente, tu idea de que la edad madura iba a ser un tiempo en el que estarías rodeado de lencería exótica para siempre jamás..., todos esos sueños se desmoronan y se hacen polvo.)

Aparto de en medio las pruebas de los traumas sufridos anoche: el edredón del sofá, los pañuelos de papel arrugados, las tazas de café en cuyo fondo aceitoso y frío flotan un par de colillas, y pongo a los Beatles. Cuando he oído *Abbey Road* y los primeros temas de *Revolver*, abro la botella de vino blanco que trajo Laura el otro día, y me siento a ver los episodios de *Brookside* que tengo grabados.

Así como las monjas terminan por tener la regla al mismo tiempo, la madre de Laura y la mía han terminado misteriosamente por sincronizar sus llamadas semanales. La primera que llama es la mía.

—Hola, cariño, soy yo.

—Hola.

—¿Va todo bien?

—Bueno, no va mal.

—¿Qué tal ha ido la semana?

—Vaya, ya sabes...

—¿Qué tal la tienda?

—Así, así. Con altibajos, claro.

Si fuese realmente con altibajos, sería fantástico. Eso de los altibajos supondría que hubo algunos días mejores que otros, que hubo clientes que vinieron, compraron y se fueron. Pero, francamente, no ha sido el caso.

—Tu padre y yo estamos muy preocupados por esto de la recesión.

—Claro, tienes razón.

—Suerte tienes de que a Laura le vaya tan bien. Si no fuera por ella, no creo que ninguno de los dos pudiéramos conciliar el sueño.

Mamá, se ha ido. Me ha echado a los perros. La muy puta se ha largado y me ha dejado más solo que la una... No, no, no. No puedo. No parece el momento adecuado para las malas noticias.

—Más vale que gane de sobra y que no tenga que preocuparse de una tienda llena de discos antiguos de música pop...

¿Cómo describir, me digo, el modo en que todo el que haya nacido antes de 1940 pronuncia la palabra «pop»? Llevo más de dos décadas oyendo esa burlona explosión monosílaba, la cabeza adelantada, la expresión idiotizada que se les pone (porque los fans de la música pop son idiotas) durante el instante que les cuesta escupir delicadamente la palabra.

—... me extraña que no te obligue a vender y a buscarte un trabajo como Dios manda. Y es de extrañar más aún que haya seguido tanto tiempo contigo. Yo te habría abandonado a tu suerte hace una pila de años.

Aguanta, Rob. No dejes que te provoque. No muerdas el anzuelo. No...
Bah, a la mierda.

—Bueno, pues la verdad es que ahora sí me ha abandonado a mi suerte. Supongo que estás de enhorabuena.

—¿Adónde ha ido?

—¿Y yo qué coño sé? Se ha ido, eso es todo. Se ha largado. Ha desaparecido.

Sigue un largo, un larguísimo silencio. Es un silencio tan largo que hasta oigo a medias una discusión televisiva entre Jimmy y Jackie Corkhill, sin oír en cambio un solo suspiro que denote sufrimiento telefónico.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Ahora sí que oigo algo: el sonido del llanto quedo de mi madre. ¿Qué será lo que pasa con las madres? Mejor dicho, ¿qué está pasando aquí? De adulto, sabes de un modo u otro que, según la vida sigue, pasarás cada vez más tiempo cuidando de la persona que empezó cuidándote a ti; es lo normal. En cambio, mi madre y yo invertimos los papeles cuando sólo tenía nueve años. Todo lo malo que me haya pasado durante las últimas dos décadas —los castigos y las expulsiones de la escuela, las malas notas, la expulsión del politécnico, romper con mis sucesivas novias— ha terminado siempre así, con mi madre visible o audiblemente trastornada. Habría sido mucho mejor para los dos que yo me largase a Australia por ejemplo cuando tenía quince años, que llamase a casa una vez por semana y que diese cuenta de una serie de triunfos ficticios. A cualquier otro chaval de quince años le hubiese resultado muy duro vivir por su cuenta, en la otra punta del mundo, sin dinero y sin amigos y sin familia, sin trabajo y sin cualificación, pero a mí no me hubiera costado nada. Si se compara con la necesidad de aguantar estas pesadeces semana tras semana, habría sido coser y cantar.

No es..., no es justo, así de claro. Nunca ha sido justo. Desde que me fui de casa, lo único que ha hecho es quejarse, preocuparse y remitirme recortes del periódico local, en los cuales se informaba al personal de los éxitos menores de mis antiguos compañeros de clase. ¿Es eso ser un buen padre, una buena madre? Para mi gusto, no. Lo que yo necesito es simpatía, comprensión, consejos, dinero de vez en cuando, y no por fuerza en ese orden, aunque todos éhos son conceptos desconocidos en el mundo en que ellos viven.

—Yo estoy bien, si es eso lo que te trastorna.

Sé de sobra que no es eso lo que la trastorna.

—Sabes de sobra que no es eso lo que me trastorna.

—Coño, pues es lo que debería tenerte preocupada, ¿no te parece? ¿No te parece, mamá? Mira, me acaban de abandonar. No estoy para tirar cohetes, ¿sabes? —Y tampoco es que esté por los suelos, todo hay que decirlo: los Beatles, media botella de Chardonnay y unos episodios de *Brookside* han surtido efecto—. Bastante jodido estoy como para aguantar tu retahíla de siempre.

—Ya sabía yo que esto terminaría por pasar.

—Pues si ya lo sabías, ¿por qué estás tan disgustada?

—Rob, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Verás: me voy a beber el resto de una botella de vino que he abierto hace un rato delante de la tele. Luego me iré a dormir, mañana me levantaré y me iré a trabajar.

—¿Y después?

—Conocer a una buena chica, tener hijos.

Es la respuesta correcta.

—Ay, si fuera así de fácil...

—Lo seré, te lo prometo. La próxima vez que hablemos, lo habré resuelto todo.

Está casi sonriendo; se lo noto por teléfono. Empiezo a ver un punto de luz al final del largo y oscuro túnel telefónico.

—Pero ¿qué dijo Laura? ¿Sabes al menos por qué te ha dejado?

—La verdad es que no.

—Pues yo sí.

Me invade una pasajera y repentina alarma, hasta que entiendo qué se propone.

—No, mamá; no tiene nada que ver con el matrimonio, si es eso lo que estás insinuando.

—Eso lo dirás tú, pero ya me gustaría oír lo que dice ella.

Tranquilo. No dejes que te... No te cebes... Bah, a la mierda.

—Mamá, ¿cuántas veces tendré que aguantarte esto, por Dios? Laura no quería casarse, te lo aseguro. No es una chica de esas que tú te piensas, por usar la frase hecha. Ahora las cosas ya no son como tú te crees.

—No sé cómo son las cosas, aparte de que siempre es lo mismo: conoces a una chica, se va a vivir contigo, te deja. Conoces a una chica, se

va a vivir contigo, te deja. Siempre igual.

Supongo que se ha marcado un punto a su favor.

—Anda, mamá, calla de una vez, ¿quieres?

La señora Lydon llama unos minutos más tarde.

—Hola, Rob. Soy Janet.

—Hola, señora Lydon.

—¿Qué tal estás?

—Bien, ¿y usted?

—Bien, gracias.

—¿Y Ken?

El padre de Laura no está precisamente como una rosa: tiene angina de pecho, y tuvo que acogerse a la jubilación anticipada.

—No va mal. Con sus achaques, ya sabes. Oye, ¿está Laura?

Qué interesante. No ha llamado a su casa para decir nada. ¿Será tal vez un indicio de culpabilidad?

—No, me temo que no está. Se ha quedado en casa de Liz. ¿Quiere que le diga que le llame?

—Sí, pero si no vuelve muy tarde.

—De acuerdo, sin problema.

Y ésa es posiblemente la última vez que hablamos en la vida. «Sin problema»: las últimas palabras que digo a una persona con la que he tenido una razonable proximidad antes de que nuestras vidas adquieran rumbos muy distintos. Es raro, ¿eh? Te pasas las vacaciones de Navidad en casa de una persona, te preocupas por las operaciones quirúrgicas que le tienen que hacer, le das abrazos, besos, le regalas flores, la ves incluso en bata de andar por casa..., y de golpe, ¡zas!, se acabó. Se acabó para siempre. Y tarde o temprano habrá otra madre, otra Navidad, más venas varicosas. Son todas iguales. Sólo cambia la dirección, el distrito postal, el color de la bata de andar por casa.

3

Estoy en la trastienda intentando poner un poco de orden, cuando oigo de lejos una conversación entre Barry y un cliente, un hombre de mediana edad a juzgar por la voz; por lo que dice, no está muy al día que digamos.

—Estoy buscando un disco para mi hija, para regalárselo por su cumpleaños. «I Just Called to Say I Love You.» ¿Lo tienen?

—Desde luego —dice Barry—. Desde luego que lo tenemos.

Sé de sobra que el único single de Stevie Wonder que tenemos en estos momentos es «Don't Drive Drunk». Lo tenemos desde hace una pila de años. Y nunca hemos podido quitárnoslo de encima, ni siquiera rebajándolo a sesenta peniques. ¿A qué estará jugando?

Me acerco al mostrador para ver qué se cuece. Ahí está Barry, de pie, sonriéndole. El tío parece un tanto aturullado.

—Entonces, ¿me lo puede vender? —pregunta, esbozando una media sonrisa de alivio, como un niño pequeño que en el último segundo se ha acordado de añadir el «por favor» de turno.

—No, lo siento mucho, pero no puedo.

El cliente, que tiene bastantes más años de los que supuse en principio, lleva una gorra de tela impermeabilizada y una gabardina beige bastante sucia. Parece clavado en el sitio. Para empezar, yo no quería entrar en este agujero infernal y ruidoso, se ve lo que está pensando. Para colmo, este tío me va a enredar.

—¿Por qué no?

—¿Cómo dice?

Barry ha puesto algo de Neil Young, y en este preciso instante le ha dado a Neil la vena eléctrica.

—¿Por qué no?

—Pues porque es una mierda sentimentaloides, una horterada. Por eso. ¿Me explico? ¿O es que tiene este local pinta de ser una de esas tiendas de

tres al cuarto en las que se venden porquerías como «I Just Called to Say I Love You», eh? Ande, lárguese de aquí y no pierda el tiempo.

El viejo se da la vuelta y se larga. Barry se ríe por lo bajo, encantado de la vida.

—Un millón de gracias, Barry. Eres un chollo.

—¿Qué pasa, tío?

—Que acabas de acojonar a un puto cliente, eso es lo que pasa. ¿Te parece poco?

—A ver, a ver, a ver. Un momento: no teníamos lo que quería. Sólo me he reído un poco de él, y además no te cuestan ni un penique.

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué coño se trata?

—Se trata, escúchame bien, de que no quiero volver a oírte hablar así a nadie que entre en la tienda. Nunca más. ¿Está claro?

—¿Y por qué no? ¿De veras crees que ese viejo zoquete iba a convertirse en un cliente habitual?

—No, no es eso... Escúchame, Barry. ¿Sabes qué pasa? Que el negocio no va tan bien como pueda parecer. Ya sé que antes les meábamos en la oreja a todos los que venían pidiendo algo que no nos hiciera gracia, pero eso se tiene que acabar.

—Cojones, si hubiésemos tenido el disco, se lo habría vendido, y así tendríamos cincuenta peniques o puede que una libra más que ahora, pero sin meada en la oreja, y tampoco le habríamos visto el pelo nunca más. Vaya negocio.

—¿Se puede saber qué te ha hecho ese tío?

—Sabes muy bien qué me ha hecho. Me ha ofendido con su gusto lamentable.

—Si el gusto ni siquiera era suyo, hombre; si venía a comprar un disco que le había pedido su hija...

—Te estás reblandeciendo con los años, Rob. No sé si te acuerdas, pero hubo un tiempo en que lo habrías echado a patadas.

Tiene razón, es verdad. Pero parece como si hubiera sido hace mucho tiempo. Lo que pasa es que ya no me enrolla nada tanta mala leche.

El martes por la noche me dedico a reorganizar mi colección de discos; es una cosa que suelo hacer en época de altibajos emocionales. Habrá gente a quien le parezca una forma bastante aburrida de pasar una velada, pero yo no estoy entre ellos. Mi vida es mía, es ésta, y resulta agradable sumergirse en ella hasta los codos, tocarla con los dedos.

Cuando Laura estaba aquí conmigo, tenía los discos ordenados alfabéticamente; antes los había clasificado por orden cronológico, empezando por Robert Johnson y terminando no sé por dónde, por Wham!, por algún africano, por lo que estuviera escuchando cuando nos conocimos Laura y yo. Esta noche, en cambio, me apetece algo muy distinto, así que voy a intentar recordar el orden en que los he ido comprando: de esa forma espero escribir mi propia autobiografía, pero sin tener que molestarme en coger la pluma. Saco los discos de los estantes, los coloco en montones por el suelo del cuarto de estar, busco *Revolver* y empiezo por ahí; cuando he terminado, me siento de puta madre, ya que a fin de cuentas ése soy yo. Me agrada ver cómo he pasado de Deep Purple a Howling Wolf en veinticinco jugadas; ya no me reconcome recordar la melodía de «Sexual Healing», que escuché mientras duró una larga temporada de celibato forzoso, ni me avergüenza tampoco acordarme de que formé un club de rock en la escuela, una estupenda idea para reunirme con los demás chavales de octavo y charlar de Ziggy Stardust y de *Tommy* hasta hartarnos.

Pero lo que de veras me gusta es la sensación de seguridad que me produce mi nuevo sistema clasificatorio; así me he convertido en algo más complejo de lo que soy en realidad. Tengo unos dos mil discos, y ahora hay que ser yo, o tener como mínimo el doctorado en Flemingología, para saber por dónde encontrar cualquiera de ellos. Si me apetece poner, es un decir, *Blue*, de Joni Mitchell, tengo que acordarme de que lo compré para regalárselo a una persona en el otoño de 1983, y que me lo pensé mejor y que decidí quedármelo, por razones en las que ahora no me apetece entrar. Vaya, vaya: de todo eso no tienes ni la menor idea, ¿eh? Así que estás que no sabes ni por dónde te hallas, ¿no? Pues tendrás que pedirme que te lo encuentre, y por alguna razón esto me resulta de lo más reconfortante.

El miércoles sucede algo bastante extraño. Johnny entra en la tienda, canturrea «All Kinds of Everything», intenta llevarse un fajo de fundas, y terminamos bailando nuestro baile de siempre hasta salir de la tienda, pero de repente se retuerce, me mira a la cara y me pregunta a bocajarro si estoy casado.

—No, no estoy casado, Johnny. No. ¿Y tú?

Se echa a reír a la vez que oculta la cara a la altura de mi sobaco: tiene una manera de reír poco menos que terrorífica, una risa de maníaco, que apesta a alcohol y a tabaco y a vómito, y que termina con una explosión de flemas.

—¿Tú crees que estaría tan jodido como estoy si tuviera una mujer? —me espeta a la cara.

No le digo nada; me concentro tan sólo en acompañarle hasta la puerta para darle el bote, pero la tosca y triste apreciación de sí mismo que acaba de hacer Johnny ha llamado la atención de Barry; puede que aún esté dolido por lo que le dije anteayer, y se inclina sobre el mostrador.

—No te serviría de nada, Johnny. Rob tiene en casita a una mujer encantadora, y ya lo ves. Está que da pena verlo. Lleva un corte de pelo lamentable. Tiene espinillas. Lleva un jersey que da asco. Los calcetines, grimosos. La única diferencia que hay entre Rob y tú, Johnny, es que tú no tienes que pagar todas las semanas el alquiler del local.

Ésas son las lindezas que me dedica Barry casi a todas horas. Hoy, no sé por qué, no se lo aguento, y le miro de esa manera que ha de darle a entender, se supone, que se calle la boca, pero que él interpreta como una invitación para seguir pasándose conmigo todo lo que le dé la gana.

—Rob, conste que lo hago por tu bien. Llevas el jersey más feo que he visto nunca. De verdad, nunca he visto un jersey que le siente tan mal a nadie, quiero decir, a nadie con quien yo me hable, claro, que por la calle se ve cada cosa... Es una desgracia para la raza humana. David Coleman nunca se pondría una cosa así en *A Question of Sport*; John Noakes habría hecho que lo detuvieran por delito contra la moda. Val Doonican le habría echado un vistazo y...

Echo a Johnny de la tienda, lo dejo plantado en la acera, cierro de un portazo; agarro a Barry por las solapas de su chaqueta de ante y le digo que

si le oigo decir una más de sus chorradas patéticas, inútiles e intolerables, una sola más en toda mi vida, lo mataré con mis propias manos. Cuando lo suelto, estoy temblando de rabia.

Dick sale de la trastienda y se pone a dar saltitos.

—Eh, tíos —susurra—. Eh, eh, tíos.

—¿Y tú qué pretendes, pedazo de idiota comemierda? —me pregunta Barry—. Como me hayas roto la chaqueta, me la vas a pagar bien gorda.

Eso es lo que ha dicho: «Me la vas a pagar bien gorda.» Joder. Acto seguido, sale de la tienda hecho una furia.

Voy a sentarme en el escalón de la trastienda, y veo a Dick aparecer por la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, lo siento. —Prefiero tomar la salida más fácil de todas las posibles —. Mira, Dick. Resulta que no tengo una mujer estupenda esperándome en casa. Se ha marchado. Oye, si volvemos a ver a Barry alguna vez, a lo mejor tú podrías decírselo.

—Claro, claro que se lo diré, Rob. No hay problema. No hay ningún problema. Se lo diré la próxima vez que lo vea, descuida —dice Dick.

No digo nada. Le hago un gesto de asentimiento.

—Tengo..., tengo otras cosas que decirle, así que no hay problema. Le diré lo de, ya sabes, lo de... Laura, se lo diré cuando le diga todo lo demás —dice Dick.

—Vale, tío.

—Bueno, claro que empezaré por contarle lo tuyo antes de ir a lo mío. A todo esto, lo mío no es gran cosa. No es más que un concierto en el Harry Lauder mañana por la noche. Por eso se lo diré antes. Buenas noticias y malas noticias, más o menos —dice Dick. Se ríe con evidente nerviosismo. Mejor dicho, malas noticias y buenas noticias, porque a él le gusta la persona que va a tocar mañana en el Harry Lauder; una mirada de horror le cruza un momento por la cara—. Quiero decir que, bueno, que también le gustaba Laura, no quería decir eso. Y también le caes bien tú, ya lo sabes; lo que pasa es que...

Le digo que no se apure, que ya sé qué quiere decir, y le pido que me prepare un café.

—Claro, cómo no. Mira, Rob... ¿Quieres..., quieres que hablemos de, bueno, de todo eso?

Por un momento, casi me siento tentado: una conversación de hombre a hombre con Dick sería una experiencia única en la vida. Pero termino por decirle que no hay nada que decir, y por un instante hasta me parece que está a punto de darme un abrazo.

4

Nos vamos los tres al Harry Lauder. Todo va como la seda con Barry; Dick le puso al corriente cuando volvió por la tienda, y ahora los dos se desviven por cuidarme. Barry me ha hecho una elaborada y anotada cinta recopilatoria, y Dick ahora repite sus preguntas hasta cuatro y cinco veces, en lugar de las dos o tres habituales. Los dos insistieron a su manera en que fuese al concierto con ellos.

El Lauder es un pub enorme, con unos techos tan altos que el humo de los cigarrillos se condensa allá arriba, como si fuese una nube de tebeo. Es un sitio espacioso, algo gastado; a los asientos les han vaciado el relleno de cualquier manera, la gente que trabaja en el local tiene cara de pocos amigos, y los clientes con pinta de habituales o son terroríficos o están casi inconscientes; los servicios son húmedos y malolientes, no hay nada que comer en la barra, el vino es pésimo, la cerveza tiene demasiado gas y está demasiado fría; dicho de otra manera, es un pub corriente y moliente, como tantos otros del norte de Londres. No venimos mucho por aquí, aunque está bastante cerca. Aquí suelen tocar esos grupos punk de tercera regional, por los que más de uno pagaría la mitad del jornal a cambio de no tener que aguantarlos. De uvas a peras, que es lo que pasa esta noche, actúa algún que otro oscuro artista americano de folk o de country, de esos que podrían llegar con todos sus admiradores en el mismo coche. El pub estará más o menos a un tercio de su aforo, no está nada mal; cuando entramos, Barry señala a Andy Kershaw y a un tío que escribe en el *Time Out*. El Lauder no podría estar más a tope de marchoso.

La mujer a la que hemos venido a ver se llama Marie LaSalle; sacó un par de discos en solitario en un sello independiente, y Nanci Griffith grabó una versión de uno de sus temas. Dick comenta que ahora vive aquí; ha leído en alguna parte que Inglaterra le parece más abierta al tipo de música que hace, y eso querrá decir seguramente que somos más indiferentes que activamente hostiles. Hay un montón de tíos solos, y no quiero decir

solteros, sin pareja, sino solos, sin amigos. Con semejante compañía, los tres (Dick, tímido y nerviosillo; Barry, atento a censurar lo que sea; yo, monosilábico y reservado) parecemos compañeros de trabajo en una salida nocturna oficial y en masa.

No hay teloneros, sino un destortalado equipo de música por el que suena bastante mal música de country-rock escogida con gusto, eso sí. La gente anda por ahí, con las jarras de cerveza en la mano, hojeando los folletos que les han dado a la entrada. Marie LaSalle aparece en escena (aunque eso es mucho decir: sólo hay una pequeña tarima con un par de micrófonos, pocos metros delante de nosotros) a las nueve en punto; a las nueve y cinco, con intensa irritación y no menos vergüenza por mi parte, se me escapan las lágrimas y se volatiliza ese mundo en el que no sentía nada, en el que he estado viviendo los últimos días.

Hay un montón de canciones que he procurado evitar desde que se fue Laura, pero la canción con la que abre Marie LaSalle su actuación, la canción que me hace llorar, no es una de ellas. La canción que ahora me hace llorar nunca me había hecho llorar así; la verdad es que la canción que me hace llorar es de las que antes me daban ganas de vomitar. Cuando fue un éxito yo estaba en el politécnico; cuando sonaba en la gramola del bar (la ponía invariablemente un estudiante de geografía o una chica que estudiaba magisterio) Charlie y yo nos quedábamos con los ojos en blanco y nos metíamos los cuatro dedos en la boca. No creo que se nos pueda acusar de esnobs por afirmar una verdad como la copa de un pino. Total, la canción que me hace llorar es la versión que hace Marie LaSalle de «*Baby, I Love Your Way*», el tema de Peter Frampton.

Imagínate: ahí de pie con Barry y con Dick, éste con su camiseta de los Lemonheads, escuchamos una versión de Peter Frampton y se me escapan las lágrimas. ¡Peter Frampton, joder! «*Show Me the Way!*» ¡Qué horterada! ¡Y aquella especie de bolsa en la que soplaban, de modo que la guitarra le sonaba como la voz del Pato Donald! ¡*Frampton Comes Alive*, aquel doble directo que fue número uno en las listas de Estados Unidos durante más o menos setecientos veinte años! ¡Un disco que seguramente compraron todos los cabezas huecas pasados de rayas que había entonces en Los Ángeles! Ya comprendo que estaba necesitadísimo de algún síntoma que me indicase el

tremendo trauma sufrido por los últimos acontecimientos, coño, pero no había por qué llegar a estos extremos, digo yo. ¿No podía haberse conformado Dios con algo igual de horroroso, pero al menos tolerable, como un viejo éxito de Diana Ross o incluso un tema de Elton John?

Además, la cosa no quedó así. A resultas de la versión que hace Marie LaSalle de «Baby, I Love Your Way» («Ya sé que no debería gustarme esta canción, pero me gusta», dice con una sonrisa descarada cuando termina), me encuentro de golpe metido en dos estados de ánimo aparentemente contradictorios: por un lado echo de menos a Laura con una pasión que no había sentido para nada en estos cuatro días; por otro, me acabo de enamorar de Marie LaSalle.

Son cosas que pasan. Bueno, al menos les pasan a los tíos. O a este tío en particular. Sí, a veces me pasa. Es difícil explicar cómo y por qué te ves de pronto arrastrado en dos direcciones distintas; está claro que hace falta una buena dosis de irracionalidad, de ensoñación, aunque de todos modos existe en ello una lógica. Marie es bien bonita, muy de ese estilo de americana casi bizca, sin llegar a serlo: se parece a Susan Dey tal como era después de *La familia Partridge* y antes de *La ley de Los Ángeles*, sólo que está un poco más rellena. Si te va a dar la ventolera de enamorarte rendida y espontáneamente de una chica, te podría salir mucho peor. (Un sábado por la mañana, nada más levantarme, puse la tele y de pronto me quedé chiflado por Sarah Greene, la de *Going Live*. No se me ocurrió decir ni pío sobre ese enamoramiento, claro.) Además, tiene encanto, al menos por lo que he podido ver hasta ahora: cuando por fin se le pasa el cuelgue que tiene con Peter Frampton y se pone a tocar sus canciones, descubro que son buenas, que te llegan, que tienen gracia y que son delicadas. Durante toda la vida he tenido ganas de acostarme —no, de tener una relación amorosa— con una cantante: me gustaría que compusiera sus canciones en casa, que me preguntase qué opinión me merecen, que quizás incluyese alguna de nuestras bromas privadas en la letra de una, que me diera las gracias en los créditos del disco, que incluyese, por qué no, una foto mía en la funda, perdida entre otras muchas, y que me dejara ver sus actuaciones desde el *backstage* o desde un lateral del escenario, aunque es verdad que en el

Lauder parecería un perfecto gilipollas, porque la tarima carece de laterales: estaría de pie, solo, a la vista de todo el mundo.

Así pues, lo de Marie es fácil de comprender. Lo de Laura requiere más explicaciones, aunque en el fondo creo que se trata de esto: la música sentimental tiene la especial cualidad de llevarte hacia atrás en el tiempo a la vez que te lleva hacia delante, y por eso te sientes nostálgico y esperanzado a la vez. Marie es la parte positiva y esperanzada; puede que no sea ella necesariamente, pero sí alguien que se le parezca, alguien que sepa transformarme. (Es exactamente eso: siempre pienso que las mujeres me van a salvar, me van a conducir a una vida mejor que esta que llevo, que me van a transformar y a redimir.) Y Laura es la parte retrospectiva, la última chica a la que amé, así que al oír esos acordes de guitarra acústica tan dulces y pegadizos me vuelvo a inventar el tiempo que estuvimos juntos. No me doy ni cuenta, y de pronto nos veo a los dos en el coche, intentando cantar los coros de «Love Hurts», riéndonos al comprobar lo mal que nos salían las armonías. En la vida real, eso es algo que no hicimos nunca. Nunca cantamos en el coche, nunca nos reímos —faltaría más— cuando algo nos salía mal. Por eso no debería estar escuchando música pop en estos momentos.

Esta noche, la verdad es que no importa ni lo uno ni lo otro. Marie podría acercárseme cuando ya estuviera a punto de marcharme, proponerme que comiésemos algo juntos; si no, podría irme a casa, y Laura estaría allí sentada, tomándose un té y esperando el perdón hecha un manojo de nervios. Los dos sueños pintan igual de atractivos. Cualquiera de los dos me haría muy feliz.

Marie hace un descanso al cabo de una hora. Se sienta en la tarima y se bebe a morro una botella de Budweiser.

Un tío aparece a su lado y coloca una caja de cintas sobre la tarima. Las vende a cinco libras y noventa y nueve peniques, pero como no tiene cambio cuestan en realidad seis libras. Los tres le compramos una, y nos entra el pánico cuando ella nos dirige la palabra.

—¿Lo estáis pasando bien?

Los tres asentimos con un gesto.

—Estupendo, porque yo me lo estoy pasando en grande.

—Qué bien —digo. Parece que por ahora no sabría decir nada mejor.

Sólo tengo un billete de diez libras, así que me quedo esperando como un pasmarote a que el tío de las cintas saque del bolsillo cuatro libras en monedas.

—Tengo entendido que vives en Londres, ¿verdad? —le pregunto.

—Pues sí. Bastante cerquita de aquí.

—¿Y te gusta? —pregunta Barry. Qué idea: a mí no se me hubiese ocurrido.

—Sí, está bien. Eh, colegas, seguramente vosotros tenéis que saber si hay por aquí alguna tienda de discos de las buenas. ¿O tengo que ir al centro?

—De qué serviría molestarte? Está claro que somos de los que saben seguro si hay o no tiendas de discos. Se nos tiene que ver en la cara, y es verdad.

Barry y Dick casi se caen de la prisa que se dan en contestar.

—¡Éste tiene una!

—¡Éste tiene una, sí!

—¡En Holloway!

—No tiene pérdida; está al final de Seven Sisters Road.

—¡Se llama Championship Vinyl!

—¡Nosotros trabajamos en la tienda!

—¡Seguro que te encanta!

—¡Tienes que ir a verla!

Ella se ríe a gusto por ese arranque de entusiasmo.

—¿Qué música tenéis?

—Un poco de todo lo bueno. Blues, country, soul añejo, nueva ola...

—Qué guapo.

Hay otro que quiere hablar con ella, así que nos dedica una simpática sonrisa y se vuelve a atenderle. Volvemos los tres a donde estábamos viendo su actuación.

—¿Para qué le habéis hablado de la tienda? —les pregunto a los dos.

—Vaya, no sabía que fuera un secreto —contesta Barry—. Ya sé que no nos sobran los clientes, pero supuse que eso era mejor no decírselo, ¿no? No creo que sea la mejor estrategia para el negocio.

—Seguro que si viene no compra nada.

—Seguro, tío. Por eso nos ha preguntado si conocemos alguna buena tienda de discos, porque lo que quiere es venir a hacernos perder el tiempo.

Me doy perfecta cuenta de que me estoy portando como un idiota, pero no quiero que Marie LaSalle vaya a mi tienda. Si va, a lo mejor empieza a gustarme de verdad, y entonces me pasaría los días esperando a que viniese, y cuando por fin viniese me portaría como un bobo, con los nervios de punta, probablemente terminaría invitándola a una copa no sin dar antes muchos rodeos, como un patoso, y ella no me seguiría el juego, con lo cual sí que me sentiría como un gilipollas, o bien rechazaría de plano mi invitación, y me sentiría como un gilipollas. Al volver a casa después de la actuación ya me voy preguntando si vendrá mañana mismo, si eso querrá decir algo; y si quiere decir algo, me pregunto a cuál de los tres le dirá algo, aunque seguramente Barry no tiene nada que rascar.

Coño. Cómo me jode todo esto. ¿A qué edad hay que llegar para que deje de pasarte?

Cuando llego a casa me encuentro dos mensajes en el contestador: uno de Liz, la amiga de Laura, y otro de la propia Laura. Van como sigue:

1. Rob, soy Liz. Te llamaba para saber, vaya, para saber qué tal te va, si estás bien. Llámanos un día de éstos, ¿vale? Eeeh... Conste que no pienso ponerme de parte de uno ni de otro, al menos por ahora. Un besazo, adiós.
2. Hola, soy yo. Necesito un par de cosas. ¿Me puedes llamar al trabajo mañana por la mañana? Gracias.

Un demente podría interpretar miles de cosas en cualquiera de las dos llamadas; los cuerdos llegarían a la conclusión de que la primera llamada es

afectuosa y cálida, y que la segunda es la llamada de una persona a la que le da lo mismo. Yo no soy un demente.

5

Llamo a Laura a primera hora. Al marcar el número me pongo enfermo, y me pongo peor aún cuando la telefonista pasa la llamada. Antes me reconocía, pero ahora no noto nada en su voz. Laura quiere pasar por casa el sábado por la tarde, cuando yo esté trabajando, para recoger más ropa interior. Me parece perfecto. Ahí tendríamos que haber dejado la conversación, pero yo intento entablar otra conversación distinta, cosa que a ella no le agrada, porque está trabajando, a pesar de lo cual yo insisto, hasta que me cuelga el teléfono cuando poco le falta para echarse a llorar. Me siento como un imbécil, pero son cosas que no sé evitar. Nunca he sabido cómo.

Me pregunto qué diría si supiera que estaba simultáneamente tenso ante la posibilidad de que Marie visite la tienda. Acabamos de tener una conversación por teléfono en la cual le he insinuado que me ha jodido la vida, cosa que, mientras dura la llamada, me he creído del todo. Ahora, en cambio, me preocupa qué ropa me voy a poner, cosa que puedo hacer sin asomo de desconcierto, sin una gota de insatisfacción; me preocupa más si estoy mejor con barba de tres días o bien afeitado; me pongo a pensar en la música que pondré hoy en la tienda.

A veces parece que si la única manera que tiene un hombre de juzgar si es o no agradable, si tiene o no decencia, es mediante sus relaciones con las mujeres o, mejor dicho, con las mujeres con que ha tenido o puede tal vez tener una relación sexual. Es muy fácil ser agradable con tu compañera. La invitas a una copa, le regalas una cinta hecha especialmente para ella, la llamas para preguntarle qué tal está... Hay muchísimos métodos rápidos e indoloros de convertirse en un buen chico. En cambio, cuando se trata de tu novia es mucho más espinoso ser constantemente delicioso. Un buen día caminas sin hacer ruido, limpias la taza del retrete, expresas tus sentimientos y haces todas esas cosas que se supone que ha de hacer un tío moderno; al día siguiente, eres un manipulador, estás malhumorado, eres un

tramposo, andas de mentira en mentira incluso con las mejores. Yo no lo entiendo.

Llamo a Liz a primera hora de la tarde; me contesta con simpatía. Me dice que lo siente muchísimo, que qué buena pareja hacíamos, que a Laura yo le había hecho mucho bien, que la había ayudado a centrarse, a salir de sí misma, a pasárselo bien y a dejarse de preocupaciones; me dice que la había convertido en una persona más simpática, más tranquila y relajada, que la había llevado a interesarse por cosas distintas de su trabajo, que era lo único que le importaba antes. No es que Liz use exactamente estas palabras; ésa es mi interpretación. Entiendo que quiere decir eso cuando comenta que hacíamos una buena pareja. Me pregunta cómo estoy, si me cuido; me dice que el tío ese, el tal Ian, no le parece gran cosa. Quedamos en vernos la semana próxima para tomar una copa. Cuelgo.

¿Quién cojones es el tal Ian?

Marie llega a la tienda poco después. Estamos los tres dentro. Estaba sonando su cinta, y cuando la veo entrar intento quitarla antes de que se dé cuenta, pero no lo hago con suficiente rapidez, así que termino quitándola cuando ella iba a decir algo a propósito, la vuelvo a poner, se me suben los colores. Ella se ríe. Me voy a la trastienda y ya no salgo. Barry y Dick se encargan de atenderla; compra cintas por valor de setenta libras.

¿Quién cojones es el tal Ian?

Barry explota al entrar en la trastienda.

—Marie nos ha incluido en la lista de invitados de la actuación que va a dar en el White Lion, ¿qué me dices? Nos ha invitado a los tres.

En el transcurso de la última hora me he humillado delante de una persona por la que estoy interesado, y he descubierto que mi ex tenía un lío con otro. No quiero saber nada de la lista de invitados del White Lion.

—Me parece fenomenal, Barry, fenomenal. ¡Invitados al White Lion! Sólo tenemos que ir a Putney, y luego volver, y nos habremos ahorrado cinco libras cada uno. Qué cosas, esto de tener amigos influyentes, ¿verdad?

—Hombre, podemos ir en tu coche.

—Yo no tengo coche, tío. El coche es de Laura, se lo ha quedado Laura, a ver si te enteras. Así que una de dos: pasamos dos horas en el metro o

pillamos un taxi, que nos va a costar... cinco libras a cada uno. Cojonudo, ¿eh?

Barry se encoge de hombros, como si dijera: ¿qué se puede hacer con este tío? Y se larga. Me siento fatal, pero no le digo nada.

No conozco a nadie que responda al nombre de Ian. Laura no conoce a nadie que se llame Ian. Hemos estado juntos durante tres años, y nunca le he oído hablar de ningún Ian. En su trabajo no hay ningún Ian. No tiene ningún amigo que se llame Ian, no tiene amigas que tengan un novio llamado Ian. No me atrevería a decir que no haya conocido a un Ian en toda su vida; seguro que había uno en la facultad, aunque no en el colegio, porque iba a un colegio femenino. Total, estoy convencido de que desde 1989 Laura vivía en un universo en el que no existía Ian.

Esta certeza, este descreimiento casi ateo en la inexistencia de Ian, me dura hasta que llego a casa. En el alféizar de la ventana que hay junto a la entrada común a todos los pisos, donde dejamos el correo, hay tres sobres entre el montón de cartas de restaurantes de servicio a domicilio y de tarjetas de minitaxis: una factura a mi nombre, una carta del banco para Laura... y una factura de la televisión por cable a nombre del señor I. Raymond (Ray para los amigos y, más en concreto, para sus vecinos), el tío que hasta hace mes y medio vivía en el piso de arriba.

Cuando entro en casa estoy temblando, enfermo. Sé que tiene que ser él; lo he sabido nada más ver la carta. Recuerdo que Laura subió a verle un par de veces; recuerdo que Laura... no es exactamente que flirtease con él, pero sí se pasó los dedos por el pelo varias veces, sí le sonrió con gesto de tontear, más de lo que hubiera sido estrictamente necesario, cuando vino a casa a tomar una copa por Navidad. Desde luego, es su tipo: aires de muchachito extraviado, bien educado, atento, con la melancolía justa para parecer interesante. Nunca me cayó muy bien. Ahora mismo, qué coño, lo aborrezco.

¿Cuánto tiempo...? ¿Cuántas veces...? La última vez que hablé con Ray, con Ian, el día antes de que se mudara a otro piso..., ¿estarían ya liados? ¿Subiría ella a su casa las noches en que yo salía por ahí? ¿Sabrán

algo John y Melanie, la pareja que vive en la planta baja? Paso un buen rato buscando la tarjeta que nos dio con su nueva dirección, pero no la encuentro: es ominoso y es significativo que haya desaparecido así, a no ser que yo mismo la tirase a la basura, en cuyo caso es mayor si cabe ese ominoso significado. (¿Qué haría si la encontrase? ¿Le llamaría por teléfono? ¿Me pasaría por su domicilio, a ver si está bien acompañado?)

Ahora empiezo a recordar algunas cosas: sus pantalones de peto, la música que ponía (africana, latina, búlgara, cualquier basura étnica que estuviera de moda esa semana); me acuerdo de su risa histérica, nerviosa, que me repateaba; me acuerdo del espantoso olor a cocina que dejaba por toda la escalera, de las visitas que se quedaban en su casa hasta muy tarde, que se pasaban de copas y hacían demasiado ruido al marcharse. No recuerdo nada mínimamente bueno de ese tipo.

Me las arreglo para que no aflore el peor recuerdo, el más doloroso, el más perturbador, pero sólo hasta que me acuesto, que es cuando oigo a la mujer que ahora vive arriba: hace un ruido del demonio al ir de un lado a otro abriendo y cerrando los armarios. Es lo peor de todo, es lo que dejaría empapado de un sudor gélido a cualquier hombre (¿a cualquier hombre?) que estuviese en la situación en que me encuentro yo: *a veces le oíamos fornicar*. Oíamos los ruidos que hacía él, los ruidos que hacía ella, y conste que fueron dos o tres compañeras de cama durante el tiempo en que los tres —los cuatro, si contamos a la que estuviese en la cama con Ray— estuvimos separados por unos cuantos metros cuadrados de tarima chirriante y de yeso desconchado.

—Aguanta un buen rato el tío —le dije a Laura una noche en que estábamos despiertos los dos en la cama, mirando al techo.

—Tiene que ser un chollo —dijo Laura. Fue una broma, y nos reímos: ja, ja, ja. Los dos a la vez. Ahora no me hace ninguna gracia: nunca he oído una broma que me inspirase más náuseas, más paranoias, más inseguridad, más autocompasión y más temor, más dudas.

Cuando una mujer abandona a un hombre, y ese hombre se siente desdichado... (es verdad: después de la insensibilidad, después del ridículo optimismo, después de encogerme de hombros diciendo «¿qué más da?», me siento desdichado, aunque aún me gustaría aparecer en las fotos del

próximo disco de Marie), ¿en el fondo es esto lo que sucede? A veces me lo parece, a veces no. Pasé por esto mismo después de lo de Charlie con Marco: me los imaginaba juntos, *dale que te pego*, e imaginaba la cara de Charlie contraída por una pasión que yo nunca fui capaz de suscitar.

Aunque no me apetezca nada (porque lo que quiero es estar hecho polvo, darme pena, celebrar mi ineptitud: es lo que uno hace en momentos así), debería decir que en todo momento pensé que las cosas iban francamente bien por ese frente. Lo pensé. Sin embargo, en mis amedrentadas imaginaciones Charlie se mostraba tan entregada, tan abandonada y tan alborotada como cualquier personaje de una película porno. Era un juguete en manos del tal Marco; respondía a todas sus caricias con aullidos de goce orgásmico. No hay en la historia de la humanidad una sola mujer que haya gozado más del sexo que esa Charlie, con Marco, en mis suposiciones más descabelladas.

Pero eso no fue nada, porque carecía de fundamento en la realidad. Por lo que sé, Marco y Charlie nunca llegaron a consumar su relación, y Charlie se ha pasado la década transcurrida desde entonces intentando recuperar el éxtasis apacible y modoso de aquellas noches que pasamos juntos los dos, sólo que fracasando miserablemente en el empeño. Ahora bien, sí sé de buena tinta que Ian era una especie de amante endemoniado, como también lo sabe Laura. Si yo lo oí todo, está claro que ella también. La verdad es que me jodía; pensé que a ella también le jodía todo aquel estrépito. Ahora ya no estoy tan seguro. ¿Será ésa la razón de que se fuese? ¿Me dejó porque le apetecía probar un poco de aquello que se cocía en el piso de arriba?

En realidad, no sé por qué importará tanto. Ian podría ser mejor que yo a la hora de hablar, de cocinar, de trabajar, o en casa, o para ahorrar; podría ganar más que yo, o gastar más y mejor que yo, o entender mejor los libros o las películas; podría ser más simpático que yo, más guapo y presentable, más inteligente, más generoso de espíritu, mejor ser humano en cualquier sentido que se quiera considerar... y a mí me daría lo mismo, de veras lo digo. Tengo asumido que uno no puede ser bueno en todo, lo comprendo; sé que tengo una trágica carencia de habilidad y de conocimientos en cuestiones muy importantes. De todos modos, el sexo es distinto: saber que

tu sucesor es mejor que tú en la cama es algo imposible de asumir, y sigo sin saber por qué.

Tengo muy claro que esto es una bobada como la copa de un pino. Por ejemplo, tengo muy claro que el mejor rollo de cama que he tenido en mi vida no fue importante; el mejor rollo de cama lo tuve con una chica que se llamaba Rosie, con la que me acosté sólo cuatro veces. No fue suficiente; me refiero al rollo de cama, por bueno que fuese, y no a las cuatro veces, que sí que fueron más que suficientes. Me volvía loco y yo la volvía loca; los dos teníamos pillado el tranquillo de corrernos a la vez (para mí, esto es lo que se entiende cuando alguien habla de un buen rollo de cama, al margen de lo que digan las sexólogas sobre la conveniencia de compartirlo todo, de tener consideración por el otro, de hablar en la cama, de variar de postura y de utilizar unas esposas si hace al caso), pero eso no sirvió de nada.

Así pues, ¿qué es lo que me pone tan enfermo al pensar en Ian y en Laura? ¿Por qué me importa tanto que aguante muchísimo sin parar de follar, comparándolo con lo que aguanto yo? ¿Por qué no se me va de la cabeza el ruido que ella hacía conmigo y el alboroto que armará con él? En el fondo, supongo que es así de simple: que aún oigo a Chris Thomson, el adúltero de Neanderthal cargado de testosterona que tuve que aguantar en segundo de bachillerato, el que me llamó anormal cuando me dijo que le había tocado las peras a mi novia. Y su voz me pone del hígado.

De noche, tengo uno de esos sueños que en realidad no lo son, un montón de imágenes en las que aparece Laura en la cama con Ray, o Marco follándose a Charlie; me alegro de haberme desvelado a media noche, porque eso quiere decir que el sueño ha terminado. Ese placer nada más dura unos segundos, porque todo se me cae de golpe encima: que Laura está follando de veras con Ray en algún lugar (bueno, puede que no exactamente ahora, porque son las 3.56 de la madrugada, aunque teniendo en cuenta su resistencia, su *incapacidad de llegar al clímax*, je, je, nunca se sabe); se me cae de golpe encima que yo en cambio estoy aquí, en este piso de mierda, a solas, y que tengo treinta y cinco años, que soy dueño de un negocio que no

marcha del todo bien, que mis amigos no parecen amigos de verdad, sino personas cuyos números de teléfono no he perdido con el paso del tiempo. Y si me volviese a dormir y durmiera cuarenta años seguidos, y si despertase desdentado, con el hilo musical de fondo, en un asilo de ancianos, no me preocuparía demasiado, porque lo peor de la vida, que es lo que aún me queda por vivir, habría terminado. Ya ni siquiera tendría que suicidarme.

Me empieza a rondar la idea de que es importante tener algo en marcha en otra parte, ya sea en casa o en el trabajo; si no, no haces más que aguantar el tirón de mala manera. Si viviese en Bosnia, estar sin novia no me parecería lo más importante del mundo. Aquí, en Crouch End, sí que lo es. Te hace falta todo el lastre que puedas reunir para que no se te lleve la corriente; te hace falta gente a tu alrededor, que pasen cosas; si no, la vida parece una película cuyo presupuesto se ha agotado, cuando ya no quedan platós, exteriores, actores, técnicos, y no hay más que un solo tío que mira por el visor de la cámara sin nada mejor que hacer, sin nadie con quien hablar. ¿Quién se iba a creer a ese personaje? Tengo que conseguir más cosas, lo que sea; tengo que meter en mi vida más historias, más detalles, porque corro el riesgo de caerme por un precipicio.

Al día siguiente, en la tienda, una mujer me pregunta si tengo algo de soul, de «alma». Me entran ganas de responder que depende: unos días sí, otros no. Hace unos días se me había agotado, y ahora tengo una burrada, demasiado, más alma de la que puedo aguantar. Ojalá pudiera repartirla de forma más equitativa, con más equilibrio. No puedo solucionarlo. Me doy cuenta de que a esa mujer no tienen por qué interesarle mis problemas de control del stock interno, así que le indico dónde está el soul, ahí al lado de la salida, al lado del blues.

6

Exactamente a la semana de marcharse Laura, recibo una llamada de una mujer que vive en Wood Green: dice que tiene unos cuantos singles que a lo mejor me pueden interesar. En general, nunca me tomo la molestia de hacer recogidas a domicilio, pero esta mujer sí parece saber de qué está hablando: me murmura algún dato suelto sobre las etiquetas blancas, las fundas con imágenes y otras cuantas cosas más, por todo lo cual me da en la nariz que no estamos hablando de esa media docena de discos algo rayados, casi todos de la Electric Light Orchestra, que se olvidó su hijo al irse de casa.

Vive en una casa inmensa, una de esas casas que parecen haber llegado a Wood Green desde quién sabe qué otra parte de Londres. No es que sea particularmente simpática conmigo. Tendrá cuarenta y bastantes años; gasta un bronceado que no parece de fiar, y me mira con cara de pocos amigos. Aunque viste tejanos y camiseta, los tejanos llevan el nombre de un diseñador italiano allí donde debería estar el nombre del señor Wrangler o del señor Levi, y la camiseta lleva abundante pedrería cosida en la pechera, formando el símbolo de la paz.

No sonríe, ni tampoco me ofrece una taza de café ni me pregunta si he encontrado la casa sin problemas a pesar de la lluvia helada que cae sin cesar y que me impedía hace un rato ver el callejero que tenía abierto delante de las narices. Me hace pasar sin más a un estudio que hay a un lado del recibidor, enciende la luz y me señala los singles —hay cientos, conservados además en cajas de madera hechas a medida, de encargo— que hay en la estantería. Y me deja que me las componga yo solo.

En las estanterías que recorren la pared entera no hay un solo libro: solamente álbumes, compacts, cintas y un buen equipo de alta fidelidad; las cintas están numeradas con etiquetas, lo que siempre es señal de que nos las vemos con una persona bastante seria. Hay un par de guitarras apoyadas contra la pared, y también una especie de ordenador que parece capaz de

darte alguna que otra alegría musical y creativa, si es que sientes esa inclinación.

Me subo a una silla y voy bajando al suelo las cajas de singles. Habrá siete u ocho en total, y aunque las dejo en el suelo procurando no fijarme demasiado en lo que contienen, sin querer me llama la atención el primer single de la última caja: es un James Brown de la King, treinta años de antigüedad, de modo que se me hace la boca agua sólo de pensar en el festín que me aguarda.

Cuando me pongo a repasar como es debido, entiendo que tengo entre manos el cargamento que siempre soñé encontrar, siempre, desde que empecé a colecciónar discos. Hay singles de los Beatles en edición especial y limitada para los clubs de fans; está la primera docena de singles de los Who, y hay originales de Elvis, de principios de los sesenta; hay montones de singles de blues y de soul, y... ¡un ejemplar del «God Save the Queen», de los Sex Pistols, editado por la A&M! ¡No lo había visto en mi vida! Y... ¡oh, no! ¡Oh, no! ¡Dios, no! Está «You Left the Water Running», de Otis Redding, en la edición especial hecha siete años después de su muerte, retirada inmediatamente del mercado por su viuda porque no le...

—¿Qué te parece?

Me mira apoyada contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, una media sonrisa por la cara de bobo que seguramente se me habrá puesto.

—Es la mejor colección que he visto en mi vida.

No tengo ni idea de qué puedo ofrecerle. El lote debe de valer al menos seis o siete de los grandes, y ella lo sabe. ¿De dónde voy a sacar tanta pasta?

—Pues dame cincuenta libras y te los puedes llevar todos hoy mismo.

Me la quedo mirando: acabamos de dar oficialmente el salto a Chistelandia Fantástica, que es donde aparecen esas viejecitas que te pagan unos buenos dineros para convencerte de que te lleves sus muebles estilo Chippendale. Lo que pasa es que no me las estoy viendo con una viejecita, y ella sabe de sobra que lo que tiene ahí vale muchísimo más de cincuenta libras. ¿Qué está pasando?

—¿Son robados?

Se echa a reír.

—No creo que me hubiese valido la pena, ¿verdad que no?, llevarme todo este lote por una ventana para sacar en total cincuenta libras. No, son de mi marido.

—Entiendo. ¿Así que últimamente no se lleva demasiado bien con él?

—Ni me llevo ni me dejo de llevar. Se ha largado a España, a no sé qué costa, con una chavala de veintitrés años. Una amiga de mi hija, para más señas. Y ha tenido el morro de llamarme y pedirme dinero prestado. Yo le he dicho que no, así que me ha pedido que venda su colección de singles y que le envíe el cheque por lo que saque, quedándome un diez por ciento de comisión. Ahora que me acuerdo, asegúrate de darme un billete de cinco libras, porque quiero enmarcarlo y colgarlo de la pared.

—Le tiene que haber costado muchísimo tiempo reunir esta colección, ¿sabe?

—Sí, años enteros. Esta colección es más o menos el único éxito que ha tenido en toda su vida.

—¿Tiene trabajo?

—Él dice que es músico, pero... —Hace una mueca de incredulidad y de desprecio—. No hace otra cosa que gorronearme y pasarse el día ahí sentado, con el culo cada vez más gordo, mirando los sellos de los discos.

Imagínate: vuelves a casa y te encuentras con que se han pulido tus singles de Elvis y tus singles de James Brown, tus singles de Chuck Berry y todos los demás por cuatro perras, por puro despecho. ¿Qué harías? ¿Qué dirías?

—Mire, ¿no puedo pagarle como es debido? Ni siquiera tendría que decirle a él cuánto ha sacado por los singles: le manda las cuarenta y cinco libras y el resto se lo gasta en lo que quiera, o lo da para obras de caridad, o lo que sea.

—No, ése no es el trato. Quiero ser odiosa pero justa.

—Bueno, lo siento. Yo... prefiero no tener nada que ver con este asunto.

—Como quieras. Seguro que hay otros muchos que sí.

—Ya, lo sé de sobra. Por eso estoy intentando llegar a un acuerdo. ¿Qué le parece mil quinientas? Lo más probable es que la colección valga cuatro veces más.

—Sesenta.

—Mil trescientas.

—Setenta y cinco.

—Mil cien. Y de ahí no bajo.

—Pues yo no pienso vendértela por más de noventa.

Los dos estamos sonriendo. Es difícil imaginar otras circunstancias en las que pudiera darse semejante negociación.

—Es que así mi marido podría permitirse el lujo de volver a casa, ¿entiendes? Y eso sí que no, de ninguna manera.

—Lo lamento, pero creo que lo mejor será que busque a otro.

Cuando regrese a la tienda me pondré a llorar a moco tendido, a llorar como un crío durante un mes entero, pero es que no puedo animarme a hacerle a ese tío semejante putadón.

—Por mí, estupendo.

Me levanto para marcharme, pero me vuelvo a arrodillar. Sólo quiero echar una última mirada con calma.

—¿No me podría vender solamente este single de Otis Redding?

—Desde luego que sí. Diez peniques y es tuyo.

—Venga, por favor. Déjeme pagarle diez libras; por mí, como si después quiere regalar todos los demás.

—Hecho, pero sólo porque te has tomado la molestia de venir hasta aquí, y porque eres un tío con principios. Y sólo por esta vez. No pienso vendértelos uno a uno.

Y así es como voy hasta Wood Green y vuelvo con un «You Left the Water Running» que está nuevecito, y que me ha costado sólo diez libras. No está mal para una sola mañana de trabajo. Barry y Dick se quedarán impresionados, pero si alguna vez se enteran de todos los Elvis y los James Brown, de todos los Jerry Lee Lewis y los Pistols y los Beatles que se han quedado allí, sufrirán un inmediato *shock* traumático posiblemente grave y yo tendré que darles asistencia terapéutica, y así...

¿Cómo leches he terminado poniéndome de parte del malo de la película, del cabronazo que ha dejado a su mujer y se ha largado a España con una níñula? ¿Cómo es que no consigo sintonizar con lo que siente su mujer? No sé, a lo mejor tendría que ir derecho a casa y pulir la escultura de Laura, dársela a alguien que luego la haga pedazos y la use de relleno; a lo

mejor me sentaría muy bien. Pero sé que no lo haré. Lo único que veo es la jeta de ese cabrón cuando reciba su patético cheque por correo, y sólo siento una desesperada, dolorosa compasión por él.

Sería estupendo poder contar que la vida está llena de incidentes exóticos como éste, pero no es así. Dick me graba el primer disco de los Liquorice Comfits, tal como me prometió; Jimmy y Jackie Corkhill dejan de reñir, al menos de momento; la madre de Laura ya no llama, pero mi madre sí. Se le ha ocurrido que a lo mejor Laura sentirá más interés por mí si me apunto a unas clases nocturnas... de lo que sea. Estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo, o, en todo caso, termino por colgarle el teléfono diciéndole que me deje en paz. Y voy con Dick y con Barry en minicab al White Lion para ver actuar a Marie, y es verdad que nuestros nombres figuran en la lista de invitados que maneja el tío de la puerta. El trayecto nos cuesta exactamente quince libras, pero eso no incluye la propina, y la cerveza negra está a dos libras la pinta. El White Lion es más pequeño que el Lauder, así que parece medio lleno, en vez de dos tercios vacío, y es más agradable, y hay incluso un telonero, un terrible cantautor local al que se le acabó el mundo después de «Tea for the Tillerman», de Cat Stevens, y no con un estruendo, sino con un quejido.

Buenas noticias: 1) No lloro mientras canta «Baby, I Love Your Way», aunque sí me siento un pelín enfermo. 2) Nos saluda en plena actuación: «Eh, ¿no son esos de allí Barry, Dick y Rob? Me alegro de veros, colegas.» Y luego añade, para información del público presente: «¿No habéis estado nunca en su tienda? Se llama Championship Vinyl y está por el norte de Londres. ¿No? Pues deberíais ir, os la recomiendo.» Y la gente se vuelve a mirarnos, y los tres nos miramos con timidez, y Barry está a punto de echarse a reír por lo bajo, el muy gilipollas. 3) Todavía tengo ganas de salir un día en los créditos de un álbum, donde sea, a pesar de que esta mañana, cuando fui a trabajar, estaba hecho unos zorros, pues me había pasado la mitad de la noche en vela, fumando cigarros liados con restos de colillas apagadas y bebiendo licor de plátano y echando de menos a Laura. (¿Ésa es una buena noticia? Puede que sea bastante mala, es verdad, la prueba

definitiva de que estoy como una cabra, pero es una buena noticia porque demuestra que todavía me queda una especie de ambición, y que el hilo musical no es la única visión del futuro que se me presenta.)

Ahora, las malas: 1) Marie saca a un tío para que cante con ella los bises. Es un menda que comparte micrófono con ella, pero con un grado de intimidad que no me hace ninguna gracia, y que le hace los armónicos en «Love Hurts», que la mira y la remira mientras canta, pero de una manera que me lleva a pensar que está por delante de mí en la cola de los que esperamos salir en uno de sus discos un buen día. Marie sigue teniendo aire de Susan Dey, y este tío —nos lo presenta diciendo que es nada menos que «T-Bone Taylor, el secreto mejor guardado de todo Texas»— parece una versión remozada de Daryl Hall, el del dúo Hall and Oates, si es que hay quien pueda imaginar a semejante monstruo. Tiene el pelo muy rubio y muy largo, los pómulos marcados, mide más de dos metros y medio, pero tampoco le faltan sus buenos musculitos (lleva un chaleco tejano sin camisa debajo), y canta con un vozarrón al lado del cual el tío que hace los anuncios de Guinness resultaría incluso baboso, una voz tan profunda que parece aterrizar de un golpetazo en el escenario y rodar hacia nosotros como si fuese una bala de cañón.

Ya sé que en estos momentos no ando muy sobrado de autoestima, sobre todo sexual; ya sé que a las mujeres no les interesan por fuerza el cabello largo y rubio, los pómulos marcados, la estatura; ya sé que a veces les da por el cabello castaño y tirando a corto, los pómulos que no se notan y cierta anchura corporal, pero, sin embargo... ¡Si es que basta con echarles un vistazo! ¡Susan Dey y Daryl Hall! ¡Encima, entrelazando las líneas melódicas de «Love Hurts»! ¡Si es que casi mezclan la saliva de uno con la del otro! Menos mal que el otro día, cuando vino a la tienda, me había puesto mi camisa preferida; si no, es que no hubiese tenido nada que rascar.

Fin de las malas noticias. Eso es todo.

Cuando termina la actuación, recojo la chupa del suelo y me marcho.

—Sólo son las diez y media —dice Barry—. Venga, vamos a tomar otra.

—Ve tú si quieres. Yo me piro. —No me apetece nada tomar una copa con un tío que encima se hace llamar T-Bone, pero tengo la impresión de

que eso es precisamente lo que a Barry más le gustaría. Tengo la impresión de que tomar una copa con un tío que se hace llamar T-Bone sería el momento culminante de la década en la vida de Barry—. Prefiero no chafarte la noche. A mí es que no me apetece quedarme.

—¿Ni siquiera media horita?

—No, de verdad.

—Pues entonces espera un momento. Tengo que echar una meada.

—Yo también —dice Dick.

Cuando se van camino del lavabo, salgo sin pensarlo dos veces y paro un taxi de los normales. Esto de estar deprimido es estupendo: te puedes portar como un cerdo si te apetece.

¿Qué hay de malo en quedarte en casa con tu colección de discos? No tiene nada que ver con coleccionar sellos, o posavasos de marcas de cerveza o dedales antiguos. En una colección de discos hay todo un mundo, un mundo más simpático, más guarro, más violento, más apacible, más lleno de color, más sórdido, más peligroso, más adorable que el mundo en el que vivo; en él hay historia, geografía, poesía y otras mil cosas que debería haber estudiado en el instituto o en la facultad, incluyendo música.

Cuando llego a casa (son veinte libras el trayecto de Putney a Crouch End, y no cuento la propina, porque no la doy) me preparo una taza de té, me coloco los cascos y pongo una tras otra todas las canciones de auténtico cabreo contra las mujeres que encuentro entre los discos de Bob Dylan y Elvis Costello, y cuando he terminado me pongo un directo de Neil Young hasta que me rechina la cabeza de tanto *feedback*, y cuando he terminado con Neil Young me voy a la cama y me quedo mirando al techo, aunque ésta ya no sea aquella actividad neutra y repleta de ensoñaciones que era en tiempos. Ha sido un chiste, ¿eh? Lo de Marie. Las cosas como son: me estaba engañando al pensar que habría algo por donde iba a poder continuar tal cual, una transición sencilla, sin pliegues ni rupturas, que podría hacer sin altibajos. Ahora me doy cuenta. Siempre me doy cuenta de las cosas con retraso: el pasado se me da muy bien, no el presente. El presente no lo puedo entender.

Llego tarde a trabajar, y Dick ya ha tomado nota de un mensaje que me ha dejado Liz. Tengo que llamarla al trabajo; es urgente. No tengo la menor intención de llamarla al trabajo. Lo que seguramente pretende es cancelar la cita que teníamos esta noche para tomar una copa, y ya sé por qué, y no le voy a dejar. Tendrá que decírmelo a la cara.

Consigo que Dick le devuelva la llamada y le diga que se había olvidado de decírselo, pero que no iré a la tienda en todo el día: le dice que me he ido a una feria del disco que hay en Colchester, y que pensaba volver a tiempo de asistir a una cita que tenía esta noche. No, Dick lo siente mucho, pero no le he dejado un teléfono de contacto; tampoco cree que vaya a llamar a la tienda a lo largo del día, repite que lo siente mucho. Durante el resto del día no cojo el teléfono, no sea que haya intentado pillar me en un renuncio.

Habíamos quedado para vernos en Camden, en un pub tranquilo que hay en Parkway. Llego temprano, pero voy con el *Time Out*, de modo que me siento en un rincón a tomarme una pinta y un platillo de pistachos, a seleccionar qué películas me gustaría ir a ver si tuviera con quién ir.

La cita que tenía con Liz no dura demasiado. La veo venir hecha un basilisco hacia mi mesa: es una tía simpática Liz, pero es enorme, y cuando está rebotada, como ahora, la verdad es que da miedo. Intento lucir mi mejor sonrisa, pero me doy cuenta de que no me servirá de nada, porque está demasiado pasada de vueltas como para volver a la normalidad así por las buenas.

—Eres un mamón de mierda, Rob —me dice. Se da la vuelta y sale por donde ha venido. Los de la mesa de al lado se me quedan mirando. Me pongo como un tomate, miro el *Time Out*, le doy un trago largo a la pinta y espero que la jarra me tape la cara colorada.

Tiene toda la razón, qué coño. Soy un mamón de mierda.

Durante un par de años, a finales de los ochenta, trabajé de pinchadiscos en una discoteca que estaba en Kentish Town, y allí conocí a Laura. No era gran cosa; poco más que una sala amplia encima de un pub, es cierto, pero durante unos seis meses fue muy popular entre determinado tipo de londinenses, los de 501 negros y botas Doctor Martens, que iban en masa al mercado de la zona, a Town and Country, a Dingwalls y al Electric, una sala de baile que estaba en Camden Plaza. Creo que se me daba bien eso de pinchar discos. En todo caso, la gente que venía parecía estar encantada: bailaba, se quedaba hasta tarde, me preguntaba dónde podría encontrar alguno de los discos que había puesto, y sobre todo volvía a la semana siguiente. Llamábamos al local Groucho Club, por aquello de que Groucho Marx dijo que nunca se apuntaría a un club en el que lo admitieran como miembro. Más adelante descubrimos que existía otro Groucho Club en el centro de la ciudad, pero nadie parecía confundirse: todos sabían cuál era cada cual. (A propósito, las cinco canciones con las que más se llenaba la pista en el Groucho: «It's A Good Feeling», de Smokey Robinson y los Miracles; «No Blow No Show», de Bobby Bland; «Mr. Big Stuff», de Jean Knight; «The Love You Save», de los Jackson Five; «The Ghetto», de Donny Hathaway.)

Y me flipaba, aquello me flipaba. Ver la sala llena de gente, ver cómo todo el mundo cabeceaba al ritmo de la música que yo había elegido era algo de lo más exultante que se pueda sentir. Durante los seis meses en que el club estuvo de moda, fui más feliz que nunca. Fue la única temporada en que de veras tuve una sensación de impulso, aunque más adelante comprendiera que era un impulso falso, ya que no tenía nada que ver conmigo: estaba exclusivamente en la música, pero todo el que hubiese puesto sus discos de baile preferidos en un sitio lleno de gente hasta la bandera, de gente que además había pagado por oír esos discos, habría

sentido exactamente lo mismo que yo, seguro. La música de baile, a fin de cuentas, tiene que tener impulso. Lo que pasa es que me confundí.

A lo que iba: conocí a Laura en aquella época, en el verano del 87. Según dijo más tarde, había estado en el club tres o cuatro veces antes de que yo me fijara en ella, y es posible que así fuera: es bajita, flaca, guapa, más o menos del estilo de Sheena Easton, pero antes de instalarse en Hollywood y cambiar de imagen (aunque Laura parecía más dura que Sheena Easton, quizá por el pelo alborotado, muy de abogada radical, por las botas y por sus ojos azul claro, unos ojos que daban miedo), aunque la verdad es que allí había mujeres más guapas, y cuando uno mira desde la cabina del pinchadiscos, suele fijarse sólo en las más guapas. Total, que aquella tercera o cuarta vez se acercó a la cabina a charlar conmigo, y me gustó desde el primer momento. Me pidió que pusiera un disco que a mí me flipaba («Got to Get You off My Mind», de Solomon Burke, por si acaso a alguien le interesa), pero que cada vez que lo ponía despejaba la pista de baile por completo.

—¿Estabas aquí la otra vez que lo puse?

—Sí.

—Vaya, pues ya sabes lo que pasó. Un poco más y se marchan todos a casa.

Es un single que dura tres minutos, y tuve que quitarlo al cabo de minuto y medio. Puse «Holiday», de Madonna, para paliar la situación; suelo poner cosas modernas de vez en cuando, en los momentos de crisis, tal como los que creen en la homeopatía a veces tienen que recurrir a la medicina convencional, aunque lo desaprueben.

—Esta vez no pasará lo mismo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque la mitad de la gente que ves ha venido conmigo, y pienso asegurarme de que baile.

En resumidas cuentas, se lo puse, y es verdad que Laura y sus amistades se apiñaron en la pista, aunque uno por uno se fueron escaqueando, meneando la cabeza y riendo. Es una canción difícil de bailar; tiene un ambiente de rythm & blues de tiempo medio, y la introducción parece como que se para y arranca cada dos por tres. Laura la aguantó sin problemas; me

apetecía ver si era capaz de bailársela hasta el final, pero me puse nervioso al ver la pista desierta, así que cambié y empezó a sonar «The Love You Save», para salir del paso.

Ella no quiso bailar nada de los Jackson Five, y volvió a la cabina, aunque me sonrió desde lejos y me dijo que no pensaba pedirme otra. Sólo quiso que le dijera dónde podía comprar el disco. Le dije que si volvía al Groucho la semana siguiente, yo le prepararía una cinta, y pareció encantada.

Me pasé una pila de horas grabando aquella cinta. Para mí, grabar una cinta que le voy a regalar a alguien es como escribirle una carta: hay mucho que borrar, pensar a fondo, a veces empezar de nuevo, y quería que aquella cinta fuese buenísima, porque..., con sinceridad, no había conocido a ninguna mujer tan prometedora como Laura desde que empezara a pinchar discos, y conocer a mujeres prometedoras es en parte algo que tiene mucho que ver con eso de pinchar discos. Una buena cinta de recopilación, igual que una ruptura, es algo dificilísimo de hacer bien. Tienes que empezar con un tema arrasador; tienes que mantener el ánimo del oyente (empecé con «Got to Get You off My Mind», pero me di cuenta de que a lo mejor no pasaba del primer tema de la primera cara, ya que así le iba a dar lo que ella quería sin más preámbulos, y por eso decidí esconder ese tema en la mitad de la segunda cara); tienes que subir un puntín, o enfriar un poco el ánimo, y tampoco puedes mezclar música blanca con música negra, ni colocar dos temas del mismo artista en una cara, a menos que lo hagas todo por parejas de canciones, y además... Bueno, hay miles de reglas que cumplir.

En cualquier caso, esa cinta me la estuve trabajando a fondo, y aún debo de tener por ahí dos cintas de prueba, dos prototipos que al final, repasándolos, no terminaron de convencerme. El viernes por la noche, en el club, la saqué del bolsillo de la camisa cuando se acercó a saludarme, y después nos fuimos juntos a casa. Fue un comienzo estupendo.

Laura era y es abogada, aunque cuando la conocí se dedicaba a algo distinto de lo que hace ahora: entonces trabajaba para un bufete de asesoramiento legal para necesitados (de ahí, imagino, que fuese a discotecas y que llevase una chupa de cuero negro). Ahora trabaja para un bufete dedicado a asuntos fiscales y financieros, como todos los que hay en

la City (de ahí, imagino, los restaurantes caros, los trajes carísimos y la desaparición de su pelo de pincho, así como un gusto por el sarcasmo hastiado que antes no se le notaba nada), pero no porque experimentase una conversión política, para nada, sino porque primero se quedó en paro y luego no encontró trabajo en el tipo de asesoría legal que a ella le gustaba. Tuvo que conformarse a regañadientes con un trabajo con el que gana cuarenta y cinco mil libras al año porque no encontró ninguno en el que le pagasen menos de veinte mil; comentó de pasada que con eso no hacía falta saber nada más del thatcherismo, y supongo que tenía razón. Cambió un montonazo cuando empezó en el trabajo nuevo. Siempre había sido muy intensa, sólo que esa intensidad tan suya antes la podía dedicar a causas satisfactorias: se interesaba por los derechos de los inquilinos, por los dueños de los pisos de las zonas más desfavorecidas, por los niños que vivían en casas sin agua corriente. Ahora es muy intensa sólo cuando se trata de su trabajo: lo mucho que se le acumula, las presiones que tiene que soportar, cómo resuelve los asuntos más difíciles, qué piensan de ella los socios del bufete, en fin, esas cosas. Y cuando no se muestra así de intensa por el trabajo, su intensidad se centra en por qué no iba a tomarse el trabajo con tanta intensidad, o en cualquier caso su trabajo.

A veces —últimamente no muchas, todo hay que decirlo— yo sabía decir algo o hacer algo que le permitía escapar de sí misma y de sus cosas, y era entonces cuando mejor estábamos; ella se queja a menudo de mi «implacable trivialidad», es cierto, pero eso no deja de tener sus ventajas, ¿o no?

Nunca estuve totalmente colado por ella, y eso me preocupaba de cara al futuro; antes pensaba que toda relación amorosa necesita ese violento empujón que trae consigo un enamoramiento incontrolado, más que nada para echar a andar con buen paso, para salvar sin complicaciones cualquier cabreo —y puede que, tal como terminamos, aún lo piense—. Así, cuando la energía de ese empujón desaparece, cuando ves que se aproxima un parón, basta con mirar a tu alrededor para comprobar qué es lo que tienes. Puede que sea algo totalmente distinto, puede que sea algo más o menos semejante, aunque más suave, más tranquilo. Si no, puede que no sea nada de nada.

Con Laura cambié durante una temporada de forma de pensar sobre ese proceso. No hubo noches en blanco, no hubo pérdida de apetito, no hubo esperas agonizantes hasta que sonase el teléfono; no las hubo para ella ni para mí. Pero seguimos como si tal cosa; como no tuvimos que desahogarnos, nunca tuvimos que echar ese vistazo alrededor, ni fijarnos en lo que teníamos, porque teníamos lo que siempre habíamos tenido. Ella no me hizo sentirme triste, ansioso, incómodo; cuando nos acostábamos, no me entraba el pánico, no sé si me explico del todo, pero creo que sí se me entiende.

Salíamos mucho; ella venía al club todas las semanas. Cuando le venció el contrato de alquiler de su piso de Archway se vino a vivir conmigo, y todo fue de maravilla, y así siguió siendo durante años y más años. Si a mí me diera por ponerme algo obtuso, diría que el dinero lo cambió todo: cuando ella cambió de trabajo, de pronto le sobró el dinero; cuando yo perdí el trabajo en el club, cuando la recesión hizo que la tienda pareciera invisible para los transeúntes, yo me quedé sin blanca. Está claro que las cosas así complican la vida y que hay que pensar en toda clase de reajustes, en batallas que librar, en fronteras que trazar con pulso firme. Pero lo cierto es que el dinero no tuvo nada que ver. En el fondo, fui yo. Ya lo dijo Liz: en el fondo, soy un mamón.

No el día en que Liz y yo habíamos quedado en vernos para tomar una copa en Camden, sino la noche anterior, Liz y Laura habían quedado para cenar juntas, y Liz sondeó a Laura sobre el tal Ian, pero Laura no tenía pensado decir nada en defensa propia, porque eso habría sido como agredirme, y siempre ha tenido un poderoso sentido de la lealtad, bien que a veces mal encarrilado. (Yo, la verdad sea dicha, no habría podido contenerme.) Por lo visto, Liz se pasó de rosca en su interrogatorio y Laura no pudo aguantar, se quebró y le salieron a borbotones un montón de cosas sobre mí; luego lloraron las dos, y Liz pidió disculpas entre cincuenta y cien veces por haber hablado cuando no le tocaba el turno a ella. Y al día siguiente, claro, fue Liz la que se quebró, intentó llamarme por teléfono y luego se plantó en el pub y me puso verde. Todo esto no lo sé con seguridad, claro. No he tenido ningún contacto con Laura, y sólo he tenido un breve e infeliz encuentro con Liz. Sin embargo, no hace falta ser muy

refinado a la hora de entender a los personajes en cuestión para imaginarse cómo está el patio.

No tengo ni idea de lo que le pudo decir Laura con todo detalle, pero seguramente le reveló al menos dos, y puede que las cuatro informaciones sobre mí que enumero a continuación:

1. Que me había acostado con otra cuando ella estaba embarazada.
2. Que esa aventura mía influyó directamente en el hecho de que ella pusiera fin a su embarazo.
3. Que, después del aborto, le pedí prestada una considerable cantidad de dinero que aún no le he devuelto.
4. Que poco antes de que me dejase, le dije que yo no estaba contento con nuestra relación y que tal vez estaba ya más o menos buscando a otra chica.

¿Hice o dije yo todas estas cosas? Sí, es verdad. ¿Existen algunas circunstancias atenuantes? La verdad es que no, a menos que cualquier circunstancia (es decir, el contexto) pueda ser considerada como atenuante. Antes de emitir un juicio, aunque probablemente ya lo hayas hecho, yo te pediría que anotases las cuatro cosas más lamentables que le hayas hecho a tu pareja, sobre todo —y muy especialmente— si tu pareja no las sabe. No las disimules; tú apúntalas, haz la lista con el lenguaje más sencillo que sepas utilizar. ¿Has terminado? Estupendo. Ahora, dime quién es el mamón.

8

—¿Dónde cojones te has metido? —le pregunto a Barry cuando aparece a trabajar el sábado por la mañana. No le he visto desde que fuimos a la actuación de Marie en el White Lion: ni una llamada telefónica, ni una disculpa, nada.

—¿Que dónde cojones me he metido? ¿Que dónde cojones me he metido yo? Dios, Rob: eres un gilipollas del copón —espeta Barry por toda explicación—. Lo siento mucho, Rob. Ya sé que las cosas no te van del todo bien, ya sé que tienes problemas y todo eso, pero, joder, tío, nos pasamos horas buscándote la otra noche, ¿no se te había ocurrido?

—¿Horas? ¿Quieres decir que estuvisteis más de una hora buscándome? ¿Dos horas al menos? Yo me fui a las diez y media, así que abandonasteis la búsqueda, supongo, a las doce y media. ¿Es eso? Tuvisteis que ir a pie de Putney hasta Wapping.

—No te pases de listo, gilipollas.

Un buen día, y puede que no durante las próximas semanas, pero sí desde luego en el futuro que se puede concebir como algo más o menos inmediato, tal vez haya alguien que sea capaz de referirse a mí sin utilizar la palabra «gilipollas» en una parte u otra de la frase.

—De acuerdo, lo siento. Pero me juego cualquier cosa a que me buscasteis durante diez minutos y luego tomasteis una copa con Marie y con su guaperas, el tal T-Bone.

Me toca la moral llamarle T-Bone. Me da dentera, como cuando tienes que pedir una Buffalo Billburger, cuando lo único que quieras es una hamburguesa de cuarto de libra normal y corriente; mejor dicho, es como tener que pedir «Como me lo hacía mamá», cuando lo que quieras es un simple pastel de manzana. Son como niños.

—No se trata de eso.

—Lo pasasteis bien, espero.

—Fenomenal. T-Bone ha tocado en dos discos de Guy Clark y en uno de Jimmie Dale Gilmore.

—No jodas, tío.

—Que te den por el culo.

Me alegra de que sea sábado, porque estamos pasablemente ajetreados, así que Barry y yo no tendremos gran cosa que decírnos. Cuando Dick prepara café y yo ando en busca de un viejo single de Shirley Brown que estaba en la trastienda, o al menos eso creo, viene a decirme que T-Bone ha tocado en dos discos de Guy Clark y en uno de Jimmie Dale Gilmore.

—¿Y sabes una cosa? La verdad es que es un tío bien majo —añade, asombrado de que alguien que haya alcanzado tan alucinantes alturas sea capaz de cruzar unas cuantas palabras en tono civilizado en un pub. Pero el contacto entre el personal de la tienda en realidad no pasa de ahí; hay muchas otras personas con las que sí hay que conversar.

Aunque entra un montón de gente en la tienda, la verdad es que sólo un reducido porcentaje de los que vienen llegan a comprar algo. Los mejores clientes son los que a la fuerza tienen que comprarse un disco los sábados, aunque en realidad no busquen nada en particular; son los que si no vuelven a casa agarrados a una bolsa de plástico plana y cuadrada, se sienten desdichados. A los adictos al vinilo es fácil descubrirlos, porque al cabo de un rato se cabrean con los expositores que han estado repasando a conciencia, se marchan a una sección totalmente distinta, sacan una funda casi parece que al azar y se acercan con ella al mostrador; es porque mentalmente han confeccionado una lista de posibles adquisiciones («Si no encuentro nada en cinco minutos, tendré que dar por buena esa compilación de blues clásico que vi hace media hora»), y de pronto se ponen de los nervios por la cantidad de tiempo que han perdido buscando algo que en realidad tampoco quieren llevarse. Es un sentimiento que conozco bien (es mi gente; la entiendo mejor que a nadie en el mundo); una sensación pegajosa, como si se te pusieran los pelos de punta, una especie de pánico ilocalizable, y terminas por salir de la tienda dando tumbos. Después caminas mucho más deprisa, tratando de recuperar la parte del día que se te ha escapado, y muchas veces sientes después la necesidad de leer de cabo a rabo la sección internacional de un periódico, o de ir a ver una película de

Peter Greenaway, de consumir algo denso y jugoso, que te ancle en tierra y que disipe toda la futilidad de azúcar de algodón que te envuelve la cabeza.

Las otras personas que me gustan son las que vienen impulsadas por el empeño de encontrar una melodía que no les ha dejado a sol ni a sombra, que les trae incluso por el camino de la amargura y les distrae a diario, una melodía que oyen al jadear cuando van corriendo para alcanzar un autobús, o en el ritmo de los limpiaparabrisas cuando vuelven a casa después de trabajar. A veces, la distracción sólo se explica por algo banal y evidente: han oído esa melodía en la radio o en un bar. Pero otras veces es una melodía que se les ha metido en la cabeza como por arte de magia. A veces se les ha metido en la cabeza porque no lucía el sol y han visto a una persona que les ha parecido la octava maravilla del mundo, y de pronto se encuentran tarareando un trozo de canción que no oían desde hace quince o veinte años. Así, una vez vino un tío porque había soñado un disco entero, como lo oyés: melodía, título y artista. Y cuando se lo encontré (era un viejo tema reggae, «Happy Go Lucky Girl», de los Paragons) y resultó que era más o menos exactamente lo que a él se le había aparecido en sueños, se le iluminó la cara de tal modo que no me sentí como el individuo que tiene una tienda de discos, sino como una comadrona, como un pintor, como una persona cuya vida roza lo trascendente en todo momento.

Es facilísimo ver de qué van Dick y Barry las tardes de los sábados. Dick tiene la paciencia, el entusiasmo y la amabilidad de un profesor de primaria: sabe vender a los clientes discos que ellos ni siquiera habían soñado que tal vez desearan comprar, porque intuitivamente acierta sobre eso que más les conviene llevarse. Charla con ellos, pone en el plato vete a saber qué, y en un visto y no visto los clientes dejan sobre el mostrador billetes de cinco casi de forma distraída, como si fuera eso lo que venían buscando. Barry, entretanto, es como una apisonadora que aplana a los clientes y los convence para que cedan a lo que él diga. Es capaz de poner a uno literalmente a caldo por no tener el primer álbum de Jesus and Mary Chain, y la persona en cuestión se lo lleva sin dudarlo, o bien se ríe de otro porque no tiene *Blonde on Blonde* en su colección, de modo que el cliente se lo compra encantado de la vida, y sabe cómo explotar de pura incredulidad cuando uno le confiesa que nunca había oído hablar de Ann

Peebles, de modo que también se lleva alguna cosa de ella. A eso de las cuatro, casi todos los sábados, es cuando preparo una taza de té para los tres, y es cuando me siento con un punto de lucidez, quizá porque a fin de cuentas éste es mi trabajo, y porque va sobre ruedas, o quizás porque me siento orgulloso de los tres, del modo en que nuestros talentos respectivos, sin ser nada del otro mundo, tienen su peculiaridad, y además los empleamos de la forma más provechosa.

Por eso, cuando cierro la tienda y nos preparamos para ir a tomar un par de copas, cosa que hacemos todos los sábados, de hecho, estamos encantados de estar juntos; tenemos tan buen rollo que nos durará para gastarlo poco a poco durante los siguientes días de vacío, y se nos habrá terminado del todo el viernes a la hora del almuerzo. Estamos tan contentos que al tiempo que despedimos a los últimos clientes y damos el día por cerrado hacemos cada uno nuestra lista de canciones preferidas de Elvis Costello (yo me quedo al final con «Alison», «Little Triggers», «Man Out of Time», «King Horse» y una versión estilo Merseybeat, que tengo en una cinta pirata aunque ni siquiera sepa dónde está, de «Every Day I Write the Book»: lo digo con la idea de que la oscuridad del último tema seleccionado contrarreste la obviedad de los primeros cuatro y me libre así de las pullas de Barry). Terminadas las peloteras y los muermos de la semana, sienta de cine pensar de nuevo en cosas como éas.

Sin embargo, cuando salimos de la tienda me encuentro con que Laura me está esperando apoyada en la franja de pared que separa la tienda de la zapatería de al lado, y me acuerdo de golpe de que éste no es ni por asomo uno de los períodos más atinados de mi vida.

9

Lo del dinero es bien fácil de explicar: ella lo tenía, yo no, ella tenía ganas de dármelo. Fue cuando llevaba pocos meses en su trabajo nuevo, cuando su sueldo empezaba a engordar un poco su cuenta corriente. Me prestó cinco de los grandes porque ella los tenía y yo no; si no me los hubiese prestado, lo habría pasado fatal. Nunca se los he devuelto porque nunca he podido, y el hecho de que ella se haya largado a vivir a otra parte y esté saliendo con otro tío no me convierte automáticamente en un menda más rico, al que de golpe le sobren cinco de los grandes. Así de sencillo. El otro día, cuando hablamos por teléfono y se lo puse de lo más crudo, cuando le dije que me había jodido la vida entera, ella comentó de pasada algo sobre ese dinero; dijo, no sé, que también podía empezar a devolvérselo en cómodos plazos, y yo contesté que muy bien, que le pagaría una libra por semana durante los próximos cien años. Y me colgó el teléfono.

Eso es lo del dinero. Lo que le dije sobre mi descontento con nuestra relación, sobre el hecho de que en el fondo más o menos andaba con ganas de conocer a otra tía... Fue ella quien me obligó a decirlo. Me engatusó de tal manera, me lió tanto que al final lo dije. Ya sé que parece un argumento tirando a flojo, pero es verdad. En plena conversación sobre el estado de las cosas, me dijo con todo el morro del mundo que pasábamos por una fase bastante insatisfactoria, qué coño, y yo contesté que sí, que era verdad; me preguntó si no se me había pasado por la cabeza la idea de encontrar a otra, y yo lo negué, pero ella se echó a reír, y dijo que las personas que se encuentran en la misma situación que nosotros siempre terminan por pensar en encontrar a otro que, a lo mejor... Total, que yo le pregunté si había pensado siempre en la posibilidad de conocer a otro tío, y ella dijo que sí, que estaba claro, para que yo reconociera que a veces también soñaba despierto, que uno no es de piedra. En ese momento sólo me pareció que

era una de esas conversaciones que giran en torno a la idea de que hay que ser adultos de una vez por todas, de que la vida no es perfecta, ni mucho menos; ahora me doy cuenta de que en realidad estábamos hablando de ella y de Ian, y ahora entiendo que me enredó de tal manera que le dije, sin haber querido decírselo nunca, que me parecía muy razonable. Fue uno de esos trucos de abogada más lista que el hambre, y es verdad que caí con todo el equipo, porque no conviene engañarse, ella es mucho más lista que yo, las cosas como son.

Yo no tenía ni idea de que estuviera embarazada. Está claro que no lo sabía. Ella no me lo había dicho, porque sabía que yo estaba saliendo con otra. (Sabía que estaba saliendo con otra porque yo se lo había dicho. Pensamos que estábamos portándonos como dos adultos de pies a cabeza, cuando en realidad estábamos siendo descaradamente ingenuos, infantiles incluso, al pensar que cualquiera de los dos sería capaz de aguantar semejante desdén, al convencernos de que no era para tanto.) No me enteré de la historia hasta pasados varios siglos, una eternidad: pasábamos una etapa estupenda, yo hice un chiste inocente sobre la idea de tener hijos, y ella se echó a llorar de golpe. Por eso la obligué a decirme qué coño estaba pasando, y ella me lo dijo, después de lo cual tuve uno de esos breves y en el fondo lamentables arranques de estruendosa superioridad moral (lo de siempre: que también era hijo mío, que qué derecho tenía ella, bla, bla, bla), hasta que su incredulidad y su desprecio terminaron por hacerme callar.

—Es que por entonces no me parecía que fueras una apuesta aconsejable a largo plazo —me confesó—. Y tampoco es que me gustaras mucho, las cosas como son. No quería tener un hijo tuyo. No tenía ninguna ganas de ponerme a pensar en una de esas espantosas relaciones que están marcadas por los derechos de visita del progenitor que no tiene la custodia, que se terminan por alargar hacia un futuro imprevisible, pero nada apetecible. Y tampoco andaba con ganas de ser madre soltera; no fue una decisión muy difícil de tomar, ¿sabes? No tenía ningún sentido consultarte, conocer tu opinión sobre el asunto.

Todo eso me pareció razonable. En verdad, si por entonces yo me hubiese quedado embarazado de un tío como yo, habría abortado exactamente por las mismas razones por las que abortó ella. No se me ocurrió nada que decir.

Esa misma noche, bastante más tarde y después de haber vuelto a pensar con calma en todo el asunto de su embarazo, teniendo en cuenta la nueva información que de repente tenía a mi disposición, le pregunté por qué se lo había tenido tan callado.

Se quedó un buen rato pensando.

—Porque nunca había guardado un secreto así, y porque me juré cuando hicimos las paces y volvimos a estar juntos que iba a ser capaz de atravesar al menos una mala racha yo solita, aunque sólo fuera por ver qué tal me las arreglaba. Por eso. Además, tendrías que haberte visto, estabas patético al decir lo mucho que lamentabas lo de aquella tal Rosie... —Rosie, la de los cuatro polvazos y el orgasmo simultáneo, aquella pedorra insufrible, la pesada con la que yo salía cuando Laura estaba embarazada—, tanto, que durante una temporada bastante larga te portaste fenomenal conmigo, y es que era exactamente eso, tu cariño, lo que a mí me hacía falta entonces. Tenemos una relación bastante profunda, Rob, aunque sólo sea porque llevamos juntos un tiempo más que razonable. Una cosa más: yo no quería que se fuera todo al garete, no quería tener que empezar de cero, a no ser que no me quedase más remedio. Por eso no te dije nada.

Entonces, ¿por qué había seguido conmigo? Desde luego, no por razones tan nobles ni tan adultas como éas. (¿Hay algo más adulto que mantener en pie una relación de pareja que se cae a pedazos sólo por la esperanza de que tarde o temprano sabrás enderezarla? Yo es algo que no he hecho en mi vida.) Yo seguí con nuestra historia porque muy de repente, al final del rollo que tuve con Rosie, descubrí que Laura me volvía a atraer muchísimo: fue como si en el fondo hubiese necesitado a Rosie para dar un poco de sabor a lo que tenía con Laura. Y pensé que lo había destrozado todo yo solo (no sabía que ella estuviese haciendo ese experimento con el estoicismo). Vi cómo iba perdiendo ella todo interés por mí, así que me puse a trabajar como un descosido para recuperar ese interés, y cuando lo hube recuperado volví a perder todo interés por ella. Es una historia que me

suele pasar a menudo. No sé cómo podría aclararme. Total, que eso más o menos nos pone al día: cuando toda esta penosa historia sale así, de un tirón bien gordo, está claro que hasta el mamón más corto de vista, hasta el más dolido de los amantes, el más capaz de engañarse, el que realmente ha sido plantado, entiende que en todo esto hay algunas relaciones de causa efecto, y que los abortos, Rosie, Ian y el dinero están ligados entre sí, o son partes de una historia que se tienen bien merecidas unas a las otras.

Dick y Barry nos proponen que vayamos con ellos al pub a tomar una rápida, pero es difícil imaginarnos a los cuatro sentados alrededor de una mesa y riéndonos por ejemplo del cliente que confundió a Albert King con Albert Collins («Ni siquiera se inmutó cuando estaba examinando el disco, por si estaba rayado, y vio el sello de Stax», nos dijo Barry con un meneo de cabeza inspirado claramente por las honduras antes insospechadas a que puede llegar la ignorancia del ser humano), así que rechazo la invitación con amabilidad. Doy por hecho que vamos al piso, así que me encamino a la parada de autobús, pero Laura me tira de la manga y se da la vuelta para encontrar un taxi.

—Pago yo —dice—. No tendría ninguna gracia ir en el veintinueve, ¿a que no?

Tiene toda la razón. La conversación que vamos a mantener estará mejor dirigida sin conductor, sin revisor, sin perros, niños, gente con exceso de peso y enormes bolsas de Marks & Spencer.

En el taxi apenas decimos palabra. De Seven Sisters Road a Crouch End no se tarda más que un cuarto de hora, pero el trayecto es tan incómodo, tan intenso, tan desdichado, que me acomete la sensación de que lo voy a recordar durante el resto de mis días. Además está lloviendo, y los fluorescentes nos trazan dibujos variados en la cara; el taxista nos pregunta si lo hemos pasado bien, pero nosotros soltamos un gruñido por toda respuesta, así que cierra el cristal de separación. Laura va mirando por la ventanilla, y yo la miro de reojo de vez en cuando, más que nada por ver si esta semana pasada la ha convertido en una chica distinta a la de antes. Se ha cortado el pelo igual que siempre, muy corto, estilo años sesenta, más o

menos como Mia Farrow, sólo que a ella le sienta mucho mejor que a Mia Farrow, y no lo digo con mala leche. Lo que pasa es que tiene el pelo tan moreno, casi negro del todo, que cuando lo lleva así de corto es como si los ojos se le comieran la cara. No lleva ni gota de maquillaje, supongo que pensando en mí. Es una forma bien fácil de mostrarme que está agobiada, preocupada, trastornada incluso, y de que está demasiado hecha polvo para andarse con fruslerías. Hay en esto una simpática simetría: cuando le regalé aquella cinta con la canción de Solomon Burke, hace un montón de años, ella llevaba una tonelada de maquillaje, mucho más de lo que acostumbraba ponerse, muchísimo más, desde luego, del que llevaba la semana anterior, y yo di por sentado, o quizá solamente esperé, que también fuese pensando en mí. Ya se ve: al principio, toneladas, para hacerte saber que las cosas van bien, que todo es positivo y excitante, y al final nada de nada, para que te enteres de lo desesperada que es la situación. Bonito, ¿verdad?

(En cambio, algo más tarde, cuando ya doblamos la esquina de mi calle y me empieza a entrar pánico por el dolor y por la dificultad de la conversación inminente, veo a una mujer que sólo depende de sí misma, se le nota: una mujer con cuerpo de sábado por la noche, que va a encontrarse con otro, o con unos amigos, con un amante, en otra parte. Cuando vivía con Laura, echaba de menos..., ¿cómo definirlo? Quizás echaba de menos que alguien tomase el autobús, el metro o un taxi, que una chica se desviase de su camino habitual nada más que para estar conmigo, puede que bien arreglada, un poco más maquillada que de costumbre, puede que un poquito nerviosa, por qué no; cuando era más joven, saber con toda certeza que yo era el responsable de todo eso, incluido el trayecto de autobús, hacía que me sintiera especialmente agradecido. En cambio, cuando estás permanentemente con alguien no recibes nada de eso: si a Laura le apetecía verme, le bastaba con volver la cabeza, o con ir del cuarto de baño al dormitorio, y para ese viaje no se molestaba en arreglarse. Y cuando venía a casa, venía a casa porque vivía en mi piso, no porque fuéramos amantes, y cuando salíamos, unas veces se arreglaba y otras no, según adonde fuésemos, aunque tampoco tenía nada que ver conmigo. De todos modos, todo esto lo cuento sólo para decir que la mujer que vi por la ventanilla del taxi me dio inspiración y consuelo, bien que momentáneamente: puede que

no sea demasiado viejo para provocar un viaje de una parte a otra de Londres, y si alguna vez tengo otra novia, si me las apaña para quedar con mi novia por ejemplo en Islington, y si ella tiene que venir por ejemplo desde Stoke Newington, que es un trayecto de seis u ocho kilómetros, le daré las gracias desde el fondo de mi despedazado y treintañero corazón.)

Laura paga al taxista y yo abro la puerta de entrada, enciendo la luz y la hago pasar. Se detiene y repasa el correo que se ha amontonado en el alfíizar de la ventana, pero lo hace sólo por la fuerza de la costumbre, supongo, aunque era de esperar que se metiese en aprietos de inmediato: mientras ojea los sobres, se topa con el recibo de la televisión por cable que corresponde a Ian, que está pendiente de pago, y la veo titubear sólo un instante, aunque es suficiente para que desaparezca todo rastro de duda de mi interior, y me pongo a morir.

—Llévatelo siquieres —le digo, aunque no me atrevo a mirarla, al tiempo que ella tampoco me mira—. Así me ahorraras tener que devolverlo al remitente.

Pero ella termina por dejarlo en el montón de sobres, que luego coloca entre las cartas de los restaurantes con servicio a domicilio y las tarjetas de taxis que hay en el alfíizar, para subir luego la escalera.

Cuando llegamos al piso me resulta muy raro verla ahí. Pero lo que más raro resulta de todo es que procura no hacer las cosas que antes hacía siempre; se ve que intenta controlarse. Se quita el abrigo; antes lo dejaba de cualquier manera sobre uno de los sillones, pero esta noche no quiere hacer ese gesto. Se queda con el abrigo entre las manos unos momentos, así que se lo quito y lo tiro encima de uno de los sillones. La veo ir hacia la cocina, no sé si para preparar un té o para servirse una copa de vino, así que le pregunto con toda cortesía si le apetece una taza de té, y ella me pregunta, con toda cortesía, si no tengo algo un poco más fuerte, y cuando le digo que queda media botella de vino en la nevera, se contiene y no comenta que cuando ella se marchó la botella estaba entera, y que la había comprado ella. En cualquier caso, ya no es suya, o no es la misma botella, o lo que sea. Y cuando se sienta, escoge el sillón más próximo al aparato de música —mi sillón—, en vez del que está más cerca del televisor, que es el suyo.

—¿Qué, ya la has hecho? —pregunta, señalando con un gesto las estanterías repletas de discos.

—¿El qué? —contesto, y eso que sé muy bien el qué, por descontado.

—La Gran Reorganización. —Se le nota que lo dice con mayúsculas.

—Ah, pues sí. La otra noche. —No quiero decirle que la hice a la noche siguiente de que se marchara, a pesar de lo cual esboza una de esas sonrisitas de suficiencia, como si dijera «fíjate, lo que hay que ver»—. ¿Qué? —le digo—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Nada. Bueno, sólo que no te ha llevado mucho tiempo.

—¿No te parece que tenemos cosas de que hablar, cosas más importantes que mi colección de discos?

—Sí, Rob. Siempre me lo ha parecido.

Se supone que soy yo el que moralmente está en ventaja sobre ella (que es la que se ha acostado con los vecinos al fin y al cabo), pero no consigo pensar siquiera en cómo aprovechar esa baza.

—¿Dónde has pasado la semana?

—Creo que eso ya lo sabes —dice ella con toda calma.

—Pero he tenido que averiguarlo por mi cuenta, ¿no?

Me vuelvo a sentir enfermo, casi con ganas de vomitar. No sé si se me notará en la cara, pero de pronto veo que Laura afloja un poco: parece cansada, triste; mira al frente con esfuerzo, para no ponerse a llorar.

—Lo siento. Tomé algunas decisiones que no han sido de lo más acertado. Es verdad, no he sido muy justa contigo. Por eso fui a la tienda esta tarde, porque pensé que había llegado el momento de portarse con valentía.

—¿Y ahora tienes miedo?

—Sí, claro que sí. Me siento fatal. Esto es difícilísimo, no sé si te das cuenta.

—Está bien.

Silencio. No sé qué decir. Hay cientos de preguntas que quisiera hacerle, pero son todas preguntas que en realidad no quiero que me conteste: para empezar, ¿cuándo empezaste a salir con Ian? ¿Fue quizás por los ruidos que oímos a través del techo? Dime, ¿es mejor con él? (¿el qué?, me preguntaría ella, y yo contestaría sencillamente: todo, ¿qué va a ser?).

—¿Es realmente definitivo, o es tan sólo una especie de etapa por la que estás pasando? Y, además —hay que ver qué grado de flaqueza empiezo a tener —, ¿me has echado de menos alguna vez, aunque no sea más que un poquito? ¿Me quieres? ¿Le quieres a él? ¿Quieres terminar emparejada con él, quieres tener hijos con él? Y sobre todo, ¿es mejor con él? *¿Es mejor con él? ¿ES MEJOR CON ÉL?*

—¿Es por mi trabajo?

—¿De dónde habrá salido ésa? Está más claro que el agua: no tiene nada que ver con mi trabajo, qué coño. ¿Por qué se lo habré preguntado?

—Oh, Rob, pues claro que no.

Por eso se lo he preguntado. Porque yo mismo me doy pena, porque quería un consuelo barato: quería que me dijera «pues claro que no», pero dicho con ternura, quitándole toda importancia, mientras que si le hubiese hecho la pregunta del millón quizá me hubiese encontrado con una embarazosa negativa, o con un silencio embarazoso, o con una embarazosísima confesión, y no estoy para ninguna de las tres respuestas posibles.

—¿Es eso lo que piensas, que te he dejado porque no estás a mi altura? Hombre, Rob, dame la credibilidad que me merezco, por favor. —Sólo que vuelve a decirlo con toda simpatía, con un tono de voz que reconozco desde hace un montón de tiempo.

—No lo sé. Pero sí es una de las cosas que había pensado.

—¿En qué otras cosas habías pensado? Dime...

—Vaya, en las obviedades de turno.

—¿Qué son las obviedades de tumo?

—Yo qué sé.

—Entonces resulta que no es tan obvio, ¿no?

—No.

Nuevo silencio.

—¿Te va bien con Ian?

—Venga, Rob. No seas pueril.

—¿Qué tiene eso de pueril? ¿No estás viviendo con ese tío? Sólo te lo pregunto porque me apetecía saber cómo te va, eso es todo.

—No estoy viviendo con él. He pasado unos días con él, hasta que decida qué voy a hacer. Mira, una cosa quiero que te quede bien clara: esto no tiene nada que ver con ningún otro, con nadie más. Y lo sabes, ¿o no?

Siempre dicen lo mismo. Siempre, siempre dicen que no tiene nada que ver con otro. Me juego lo que quieras a que si Celia Johnson se hubiese largado con Trevor Howard al final de *Breve encuentro*, le habría dicho a su marido que no tenía nada que ver con ningún otro. Es la primera ley del trauma romántico. Se me escapa un ruido un tanto repulsivo y desde luego inapropiado, una especie de bufido cómico, para manifestar mi incredulidad, y Laura está a punto de echarse a reír, pero parece que se lo piensa dos veces.

—Te dejé porque la verdad es que no nos entendíamos nada bien, porque ya ni siquiera hablábamos casi nunca, y porque tengo una edad en la cual creo que tengo todo el derecho del mundo a aclararme, y no me pareció que eso estuviese a mi alcance si seguía contigo, sobre todo porque tú pareces del todo incapaz de aclararte tú solito. Y es verdad que más o menos me había empezado a interesar otra persona, y ocurrió que eso se me fue de las manos, fue más allá de lo que debería haber ido, así que me pareció que era un momento apropiado para dejarte. Pero no tengo ni idea de lo que puede pasar con Ian a la larga. Lo más probable es que se quede en nada. A lo mejor, hasta es posible que tú madures un poco y que podamos enderezar las cosas, vete a saber. A lo mejor no os vuelvo a ver nunca más a ninguno de los dos, yo qué sé. Lo único que tengo muy claro es que éste no es un buen momento para vivir aquí contigo.

Más silencio. ¿Por qué son así las personas? Mejor dicho, porque ya es hora de afrontarlo, ¿por qué son así las mujeres? Ver las cosas de esa forma, pensar de esa forma, es algo que no sale a cuenta: todo es demasiado lioso, dudoso, gris; todo son líneas borrosas, en vez de la imagen nítida y clara que debería verse. Estoy de acuerdo, necesitas conocer a una persona nueva para prescindir de la que se te ha quedado vieja; tienes que ser increíblemente valiente y muy adulto para poner punto final a una historia solamente porque no funciona demasiado bien que digamos. Pero eso no lo puedes hacer a medias tintas, ni hablar, que es como lo está haciendo Laura ahora mismo. Cuando empecé a salir con Rosie, la de los orgasmos

simultáneos, yo no era así: por lo que a mí se refiere, Rosie era una perspectiva seria, era la mujer que me iba a guiar sin sufrimiento alguno de una relación terminada a otra nueva, y si eso no llegó a suceder así, si finalmente Rosie resultó ser lo que se dice zona catastrófica, fue mera cuestión de mala suerte. Al menos, tenía en mente un plan de batalla bien claro, y no me anduve nunca por las ramas con esas irritantes excusas del estilo de «Oh, Rob, es que necesito tiempo». ¿Vale?

—Así que no has tomado la decisión definitiva de romper conmigo. Entonces, ¿quedan aún una posibilidad de que volvamos a estar juntos?

—No lo sé.

—Bueno, pues si tú no lo sabes, está claro que tiene que haber alguna posibilidad.

—No sé si hay alguna posibilidad.

Joder.

—Es lo que te estoy diciendo, que si tú no sabes si hay alguna posibilidad, está claro que tiene que haberla, ¿no? Mira, es como si una persona está en el hospital, gravemente enferma, y el médico dice: pues no sé si tendrá alguna posibilidad de salir con vida. Eso no significa que el paciente se vaya a morir de todas todas, ¿no? Quién sabe, puede que salga con vida, aunque no sea más que una posibilidad remota.

—Supongo que sí.

—Por eso, tenemos una posibilidad de volver a estar juntos.

—Anda, Rob, calla de una vez.

—Solamente quiero saber en qué terreno me encuentro, qué posibilidades me quedan.

—No tengo ni puta idea de qué puta posibilidad te queda, ¿me explico? Lo que intento decirte es que estoy confusa, que hace siglos que no soy feliz, que nos hemos metido los dos en un marrón monumental, que he estado saliendo con otro. Y éas son las cosas que cuentan.

—Lo entiendo. Pero si me lo pudieras precisar, aunque sólo fuese por aproximación, a mí al menos me vendría muy bien.

—Vale, vale. Tenemos un nueve por ciento de posibilidades de volver a estar juntos. ¿Te aclara eso la situación?

Está tan harta de todo esto, tan a punto de estallar, que tiene los ojos cerrados con fuerza, y habla con un susurro furioso, envenenado.

—Te estás portando como una imbécil.

En el fondo de mi ser, en alguna parte, sé muy bien que no es ella la que se está portando como una imbécil. A un determinado nivel, creo que entiendo que ella no lo tiene claro, que todo está en el aire. Pero eso no me sirve para nada. ¿Sabes qué es lo peor de que te rechacen? La falta de control sobre lo que sucede. Si pudiera al menos controlar el cuándo y el cómo del abandono, no sería ni la mitad de terrible. Claro que en ese caso no sería un rechazo, es evidente. Sería consentimiento mutuo. Sería mera cuestión de diferencias musicales: yo dejaría la relación mutua para emprender una carrera de solista. Ya sé que es increíble, que es patéticamente pueril presionar de este modo, para lograr solamente un mínimo grado de probabilidad, pero es lo único que sé hacer para conseguir alguna forma de control sobre la situación, o para quitarle parte del que ella tiene.

Cuando vi a Laura delante de la tienda, supe con toda seguridad, sin la menor sombra de duda, que la quería de nuevo a mi lado. Pero eso probablemente se deba a que es ella la que lleva a cabo el rechazo. Si consigo que admita que todavía existe una posibilidad, por pequeña que sea, de que podamos arreglar las cosas, todo me resultará mucho más llevadero: si no tengo que ir por la vida sintiéndome dolido, incapaz, hecho una pena, creo que podré sobrevivir sin ella. Dicho de otro modo, soy infeliz porque ella no me quiere; si logro convencerme de que me quiere un poco, volveré a estar en condiciones, porque entonces yo no la querré, y así podré seguir en busca de otra.

Laura ha adoptado una expresión que he terminado por conocer muy bien durante estos últimos meses, una mirada que denota a un tiempo una paciencia infinita y una frustración irremediable. No sienta nada bien saber que se ha inventado esa forma de mirar solamente para mí. Antes no la había echado en falta. Suspira, apoya la cabeza en una mano y se queda mirando la pared.

—De acuerdo, puede ser que arreglemos las cosas. Puede que haya una posibilidad. Yo no diría que es una posibilidad así como muy viable, pero es una posibilidad a pesar de todo.

—Estupendo.

—No, Rob. De estupendo no tiene nada. Aquí no hay nada estupendo. Todo esto es una mierda.

—Pero dejará de serlo, ya lo verás.

Menea la cabeza con aparente incredulidad.

—Estoy demasiado cansada. Ya sé que es mucho pedir, pero ¿te importaría ir al pub y tomarte algo con los otros mientras yo recojo mis cosas? Necesito pensar mientras lo hago, y si estás aquí no puedo.

—No hay problema, pero déjame hacer una pregunta más.

—De acuerdo, sólo una.

—Te va a parecer una estupidez.

—No importa.

—Y no te va a gustar lo que se dice nada.

—Tú... hazla, y ya veremos.

—¿Es mejor?

—¿Que si es mejor el qué? ¿Mejor que qué?

—Bueno, el sexo. ¿Es mejor con él, te gusta más con él?

—Por lo que más quieras, Rob... ¿Es eso lo que te trae a mal traer?

—Pues claro que es eso.

—¿Y tú crees que cambiaría algo si fuera así?

—No lo sé. —Y la verdad es que no lo sé.

—Bueno, pues la respuesta es que yo tampoco lo sé. Todavía no lo he hecho con él.

¡Sí!

—¿Nunca?

—No, no he tenido ganas.

—¿Y tampoco antes, cuando vivía en el piso de arriba?

—Vaya, muchas gracias. No, tampoco antes. Antes vivía contigo, no sé si te acuerdas.

Me siento un poco avergonzado, y no digo más.

—Hemos compartido cama, pero no hemos hecho el amor. Todavía no. Pero te voy a decir una cosa: dormir con él sí es mejor que dormir contigo.

¡Sí, sí, señor! ¡Eso es! ¡Fantástica noticia! ¡El de los sesenta minutos sin parar aún no ha dado la hora! La beso en la mejilla y me voy al pub, a reunirme con Dick y Barry. Me siento como un hombre nuevo, aunque tampoco mucho. Me siento tanto mejor, de hecho, que voy a acostarme directamente con Marie.